

PRISION EN GANIMEDES

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



PRISION EN GANIMEDES

A. Thorkent

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

343 — El regreso de los muertos. Ray Lester.

344 — La chica de otro mundo. Clark Carrados.

345 — Rebelión en la Galaxia. A. Thorkent.

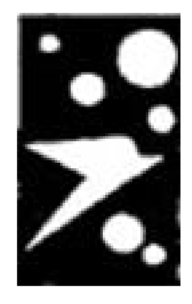
346 — Amenaza en órbita! Glenn Parrish.

347 — El gigante sideral. Ralph Barby.

A. THORKENT

PRISION EN GANIMIDES

**Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.
° 348
Publicación semanal**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 6.392 - 1977

Impreso en España —Printed in Spain

1.ª edición: abril 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

—Había que enviarlos a algún sitio, en donde no resultasen peligrosos y, además, sirviesen para algo. Es cierto que hubo mucha discusión acerca del método. Algunos moralistas exacerbados alegaron que se volvía a los tiempos de las deportaciones de galeotes. Nada más alejado de la verdad. Únicamente a los criminales extremos se envía aquí. La mayor parte son voluntarios. Saben que un año aquí les vale por dos. Se les reduce la condena a la mitad. Ganan dinero y realizan una labor en beneficio de la humanidad.

Horker, alcaide de la prisión Creta II, se sentía vivamente complacido aquel día. Aquella entrevista podía darle cierta popularidad, y servirle de trampolín para que el ascenso que esperaba se anticipase. Además, la periodista que le entrevistaba era muy bonita.

Interiormente, Horker se estaba haciendo planes para la noche. Ya le había insinuado invitarla a cenar en su apartamento, puesto que ella tenía que hacer noche en la prisión. El transporte de regreso a Cooperville no saldría hasta el mediodía. Por el momento, la chica parecía muy enfrascada en su trabajo, limitándose a sonreírle amablemente, con constancia, mientras filmaba y registraba sus declaraciones.

Brenda Lake se había presentado en las instalaciones de la prisión horas antes, solicitó ver a Horker y le mostró su carnet de periodista, de una importante cadena de televisión terrestre. Manifestó su interés por visitar las instalaciones, minas y conocer el modo de vida de los reclusos. Su cadena estaba preparando una serie de reportajes de las más importantes prisiones del Sistema Solar, y proyectaba sacar a la luz sus conclusiones acerca de las actuales leyes penales,

Horker apenas miró los papeles. Sólo tuvo ojos para la belleza de Brenda. Le dijo que él mismo le mostraría todo lo que deseara. Llevaba allí tres meses ininterrumpidamente, desde su última visita a Cooperville. Desde entonces no había visto una mujer, pero le bastaron unos segundos para adivinar que debajo de las pesadas ropas de abrigo de la periodista se ocultaba un espléndido cuerpo.

—¿Cuándo se emitirá este reportaje, señorita? —preguntó mientras ella ajustaba la diminuta cámara.

—Calculo que dentro de una semana. Otros compañeros están

cubriendo, ahora, otros penales.

—Celebro que le hayan enviado a usted aquí —sonrió Horker, halagador.

Brenda le correspondió con una dulce sonrisa.

—Ahora quisiera hacerle algunas preguntas, señor alcaide. Usted estará sentado cuando comience a responderlas. A la tercera pregunta se levantará y se dirigirá hacia la ventana. Mirará un instante, se volverá ligeramente hacia mí y seguirá respondiendo. ¿Preparado?

Horker asintió y se acomodó. Preguntó si podía encender un cigarrillo.

—Sí, por supuesto. Eso relaja siempre los nervios. Esté tranquilo. Si no sale bien la primera toma, haremos otra. Por el momento, se está comportando maravillosamente.

Después que Horker encendiera el cigarrillo, Brenda preguntó:

—Cuando en la Tierra se habla de las minas marcianas de material radiactivo, la gente suele asustarse, porque aún sigue pensando que es un lugar peligroso, donde no enviarían ni a su peor enemigo. —Brenda dejó que la cámara automática filmase a Horker. Se puso en el campo de visión y siguió hablando—: Estamos seguros de que actualmente los sistemas de seguridad en las minas han mejorado considerablemente. ¿Ha sucedido lo mismo aquí, en Creta II? ¿Gozan los penados de las seguridades que los equipamientos modernos ofrecen a los mineros que trabajan en otras minas?

—Por supuesto. En eso estamos al día. Cuando un penado ingresa en Creta II, voluntario o no, no se le distingue. Para nosotros son todos iguales. Los equipos que reciben para bajar a las minas son todos modernos y eficaces. Semanalmente, son revisados por un competente equipo médico, y cuidados celosamente aquellos que presenten síntomas de contaminación.

—¿Se dan muchos casos de contaminación?

—El índice es el mismo que en cualquier otra mina regentada por compañías privadas, señorita.

—¿Cuál es el promedio de muertes ocurridas en un año?

Horker no pudo evitar arrugar el ceño. Aquella pregunta, ya lo había pensado, era de obligada formulación; pero, de todas formas, siempre resultaba molesta.

—Tuvimos tres bajas —replicó—. Tres bajas en una población penal de

cerca de ochocientos hombres. Si se toma la molestia de comparar los datos de otras compañías, verá que ellas tienen un número de bajas comparativamente igual.

—¿Se producen esa bajas por contaminación, señor Horker?

—No. Todas son debidas a accidentes normales en una mina del tipo que explotamos.

Brenda le hizo una indicación para que se levantara y anduviese hasta la ventana. La cámara automática giró y le siguió.

—¿Obtienen los reclusos algún beneficio extra además de la reducción de su condena?

—Si se refiere a compensación económica, sí. Las leyes establecen que se les abone el ochenta por ciento de un salario normal para esta clase de trabajo. El dinero se les ingresa en una cuenta a su nombre, que reciben cuando son liberados.

—¿Quién es el propietario de la mina?

Horker se volvió confuso.

—Es el Gobierno de Marte, señorita; todo el mundo lo sabe...

—Me refiero a los beneficios que se obtienen de la explotación.

—Reconozco que no entiendo adonde quiere ir a parar...

—Es muy sencillo. Las minas son marcianas, pero el noventa por ciento o más de los reclusos son enviados desde la Tierra.

—Bueno, existe un acuerdo entre ambos gobiernos. Los beneficios obtenidos son repartidos entre diversas organizaciones penitenciarias de la Tierra y escuelas en Marte. Pero para conocer a fondo este asunto, creo que no soy el más indicado. Hablemos mejor de los presos y de Creta II.

—Lo siento, señor Horker. ¿Qué tanto por ciento de voluntarios hay en la prisión?

—Casi la mayoría. Un setenta y seis por ciento son voluntarios. Todos con condenas superiores a los diez años —sonrió—. Quien tiene menos debe considerar que no merece la pena venir aquí.

—Eso quiere decir que todos los reclusos son personas peligrosas, ¿no?

—Aquí dejan de serlo. En realidad, su comportamiento es excelente.

—¿Porque no pueden ni soñar con evadirse?

—Es posible.

—Creta II tiene mala fama en la Tierra, señor. ¿Lo sabía?

—Todas las prisiones tienen mala fama. Pero eso es una patraña. Este lugar no es más peligroso para los condenados que otro. Los dormitorios son excelentes y la comida también. Los domingos tienen distracciones diversas. El mes pasado celebraron un concurso de boxeo.

—Pero sólo los más fuertes consiguen cumplir las condenas...

—Todos son fuertes. Tal vez mucha gente no sepa que en la Tierra sobran las solicitudes de los reclusos para venir a Marte, a Creta II. Cada solicitante es inspeccionado a fondo. Cualquier enfermedad, cualquier síntoma de debilidad en el organismo es suficiente para que la solicitud sea denegada. Y le aseguro que son muchos los rechazados.

—Lo sé, señor. De todas formas, insisto en que en la Tierra se dice que las instalaciones y medios de seguridad en las minas no son tan eficaces como en las minas privadas. Estoy segura que nuestros televidentes se sentirían complacidos en ir con nosotros a ver esas minas.

Brenda hizo un gesto con el dispositivo de control remoto, y la cámara se detuvo.

—No sé si debería acceder —murmuró Horker.

—Si tiene dudas en lo que puede mostrarme... —Brenda sonrió irónicamente—. Ya ve que he desconectado la cámara. No quería recoger su negativa.

—Oh,. no es eso. Apenas tenemos tiempo. Dentro de poco cesará el trabajo y...

—No importa. Según mis proyectos, debemos tomar unas escenas silenciosas de las minas. Nosotros debemos salir en las tomas. Esos minutos servirán para los comentarios añadidos en los estudios. Luego, otra vez aquí, tengo que preguntarle acerca del proyecto de abrir una nueva mina en Ganimedes.

—¿Cómo sabe eso? Se supone que es un secreto todavía.

—Los periodistas solemos conocer muchos secretos, señor.

—Ya lo veo. En fin; tampoco es algo de lo que no podamos hablar.

—Entonces podrá hablarme de ese grupo de presos que mañana embarcarán rumbo a Ganimedes.

—Es usted muy lista, señorita —Horker sonrió empero—. Creo

adivinar que realmente ha venido hoy, precisamente, porque sabía que mañana partirá una nave hacia Ganimedes con doscientos presos para iniciar los trabajos de la nueva mina.

—¿También son voluntarios esos presos para permitir ser enviados desde Marte a Ganimedes?

Horker la miró fijamente.

—No sé si fiarme totalmente de usted. Tengo cierta desconfianza hacia los periodistas...

—Ahora estamos hablando como amigos.

—Me alegro que me considere su amigo. Es posible que las autoridades penitenciarias accedan a darles una reducción supletoria a la ya mermada condena, señorita. Pero reconozco que esos doscientos hombres no son voluntarios. Fueron elegidos entre los más capacitados. Todos son condenas superiores a veinte años. La mayoría, asesinos. No creo que les importe mucho un sitio u otro.

—Tiene razón, alcaide. ¿Podemos bajar ya a las minas? —preguntó Brenda recogiendo la cámara y el trípode deslizante.

—Sí, por supuesto. Ahora bajaremos, y nos entregarán unos equipos para protegernos de la radiación. Creo que sería interesante filmar el momento en que nos ayuden a ponérnoslos.

—¿Por qué?

—Así verán sus televidentes que son iguales a los que usan los mineros —sonrió Horker.

—Muy interesante. Seria usted buen periodista, señor Horker.

—Oh, deje de llamarme señor Horker. Mi nombre es Ted.

—Bien, Ted. Le sigo.

Horker la tomó del brazo, y salieron del despacho.

* * *

Tuvo que detenerse unos instantes para permitir que el equipo refrigerante le secase el sudor. Desde hacía dos días no funcionaba como era debido, y las molestias eran cada vez mayores.

Damian Duque miró a su alrededor, buscando ansiosamente la figura

embutida en la armadura roja de los guardianes. Si le veían parado más tiempo de lo permitido, anotarían el número de su escafandra y darían parte de él.

Damian soltó una maldición. Ya había dicho que su traje no refrigeraba adecuadamente y que a los pocos minutos de estar moviéndose, se convertía en un infierno. Pero no le hicieron caso. Tendría que insistir en ello, si no quería pasarlo igual de mal el día siguiente.

Tomó de nuevo su martillo, y lo apuntó hacia el Hozo de roca en la que había estado trabajando. Apretó el botón, y la broca comenzó a pulverizar el objetivo. Cayó un aluvión de piedras matizadas de puntos azules. Aquél era un buen punto para trabajar. La cantidad de mineral que se obtendría sería elevado. Si se le anotaba el resultado, podría obtener un buen rendimiento, y ver disminuir sus puntos de penalización.

La broca saltó rota, y desconectó el martillo. Alzó la mano para indicar que precisaba ayuda. En seguida notó que un guardián cercano le vigilaba. Cuando el encargado del material acudió para sustituirle la broca, dejó de mirarle.

Aquel día estaba Tom de encargado del material. Había conseguido aquel envidiado puesto después de trabajar arduamente durante una semana para alcanzar una elevada puntuación. Pero sólo estaría en aquel lugar dos días más. Luego sería sustituido por otro minero.

—Tengo problemas con la refrigeración, Tom —musitó Dam acercando su casco al de Tom.

—Lo sé, amigo, lo sé. Creo que mañana te darán un nuevo traje. Reparado, claro. No se renueva el material desde hace tiempo —Tom se alzó para que Damian pudiera ver su pálido rostro a través del grueso cristal—. Yo también tengo problemas, ¿sabes? Me temo que existe una fisura en el codo derecho, y estoy recibiendo demasiada radiación.

Damian le miró, alarmado. Aquello era mucho peor que su dificultad en el sistema de refrigeración.

—¿Cuándo lo has notado?

—No estoy seguro. Creo que debe haber sido hace unos minutos.

—Debes pedir que te releven...

—Demonios, Dam. Ya llevas bastantes semanas aquí para comprender

que se tiene que caer en pedazos la armadura para ser relevado.

—Eso es un crimen.

—Tal vez. Pero si no lo hicieran así, todos los mine ros estarían saboteándose los trajes a cada instante con tal de salir de este condenado lugar. Apártate.

Damian no había escuchado el motor del vehículo avanzar por la galería. Se extrañó ante aquello. No era la hora en que debía pasar el convoy con el mineral.

Se pegaron a las rocas, ya que estaban situados en mal lugar. Damián observó que se trataba de un vehículo diferente a los que solían transitar por la mina. Era la primera vez que lo veía.

—Es el coche del alcaide —le informó Tom terminando de ajustarle la broca—. No suele bajar mucho por aquí. Me pregunto si su visita se deberá a los rumores que corren.

—¿Te refieres a que van a trasladarnos, a algunos, a otro sitio?

—¿A qué si no? Me han hablado de alguna de las lunas de Júpiter. Dicen que allí han descubierto mejores filones que en Marte, y piensan averiguar, a nuestra costa, si son peligrosas o no. Luego, después de usarnos como cobayas, enviarían mineros profesionales.

Damián miró largamente a Tom.

—Tú eres voluntario —dijo—. No creo que te elijan.

—Eres demasiado optimista, muchacho. Sé que tú has sido enviado forzosamente porque te declararon culpable de un asesinato. Pero tengo tantas probabilidades de ser enviado a otro infierno como tú, como cualquier otro.

—Debes marcharte. El guardián vuelve a mirarnos.

Tom recogió su caja de herramientas, y se retiró hacia el fondo de la galería.

Aquel pequeño descanso había servido a Damian para que el interior de su armadura volviese a ser confortable. Pensó que, si no se esforzaba demasiado, podría conseguir que la sirena sonase al fin. No debía quedar mucho tiempo.

Minutos después, volvió a pasar el vehículo del alcaide. Las personas que lo ocupaban resultaron figuras difusas para él. En aquel momento sonó la sirena, y Damian desconectó su martillo con un suspiro de alivio. A pesar de

las incomodidades del dormitorio, estaba deseando ardientemente encontrarse allí, echar un trago largo de su ración de agua.

Se echó al hombro el pesado martillo que en la Tierra pesaría más de cuarenta kilos. Algunos veteranos decían que, con el tiempo, al acostumbrarse a la gravedad marciana, le parecería más pesado.

Esperó a sus compañeros de grupo. Los fue reconociendo por los números. Cuando estuvieron todos, empezaron a caminar sobre los rieles magnéticos de las carretillas hacia la salida.

Al llegar a la explanada donde estaban los ascensores miró, extrañado, al ver tantos guardianes allí apostados, con los rifles prestos. Al dirigir su mirada hacia la derecha, descubrió dos figuras embutidas con las armaduras, nuevas éstas, que llamaron su atención.

Tom paso por su lado, rozó su casco y dijo:

—Es el alcaide. El otro tipo, es un periodista de la Tierra que llegó esta mañana. Dicen que es una mujer.

Damian vio alejarse a Tom con su carga de repuestos. El ascensor se había llenado con el primer grupo, y él tuvo que detenerse a esperar el regreso. Estaba muy cerca, apenas a unos tres metros, del alcaide. La escafandra de la supuesta periodista se volvió hacia él y, por unos segundos, las luces de la explanada subterránea incidieron en el cristal, permitiéndole ver el rostro que había detrás.

Damian estuvo a punto de dejar caer el martillo cargado al hombro.

Tuvieron que empujarle para que anduviese en dirección a la caja del ascensor que acababa de detenerse.

Mientras ascendía hacia la superficie, Damian aún no estaba seguro de si era Blenda la que estaba junto al alcaide, conversando con él animadamente.

CAPÍTULO II

Brenda Lake se había percatado perfectamente de las intenciones del alcaide desde antes que bajasen a la mina. La amabilidad que tenía con ella iba en aumento.

Después de recorrer algunas galerías en el coche, le pidió que se detuvieran en la salida porque ella quería lomar nota de cómo se terminaba la jornada.

Mientras la cámara automática filmaba desde una posición que no podía ser vista por los mineros, ella charlaba distraídamente con Horker, mientras sus ojos estudiaban cada figura acorazada que pasaba delante, portando sus herramientas de trabajo.

Cuando el segundo grupo estaba aguardando su turno para entrar en el ascensor, creyó descubrir en uno de los mineros a Damian Duque. No estaba segura, pero tomó nota del número escrito en rojo del peto de su coraza. Sabía que los mineros forzosos los llevaban en aquel color, mientras que los voluntarios usaban el azul.

Eran bastantes más los hombres que llevaban los números pintados en rojo de los que le había asegurado el alcaide.

De nuevo en el exterior, en el edificio central, Horker le pidió que cenase con él.

Ella aceptó con una sonrisa. La excusa que tenía preparada para más tarde podría perfeccionarla.

—Magnífico. Ordenaré que nos la preparen —sonrió Horker—. Mientras, puedo ofrecerte una copa en mi despacho. Tengo que ir allí a firmar

unos documentos que mi secretario me ha preparado.

—¿No te importa que curiosee en algunos datos que tengas allí mientras trabajas?

—No, desde luego. Yo no tengo secretos que tú no puedas conocer.

Después de despojarse de las armaduras, se dirigieron al despacho. Se cruzaron con varios soldados. Callaron al ver al alcaide, y Brenda no dejó de captar las miradas entre curiosas y ansiosas que le dirigieron.

—Es lamentable que mañana tengas que marcharte —dijo Horker, mientras entraban en el despacho.

—Tal vez alguna vez volvamos a vernos en la Tierra.

—Es posible. Tengo unas vacaciones pendientes. Trataré de usarlas lo más pronto posible, cuando termine la instalación de la nueva mina en Ganimedes.

—¿Es que vas a ir allí?

—Más tarde, cuando la nave desembarque a los mineros. Dentro de unos días —y el gesto de Horker se nubló.

Brenda comprendió que le hacía muy poca gracia ir hasta la luna joviana. Entraron en el despacho, y el alcaide sirvió un par de copas. Luego se sentó ante su mesa, y empezó a leer rápidamente unos informes. Brenda sonrió. El alcaide parecía tener prisa por terminar con el trabajo burocrático.

Mostrando indiferencia, Brenda preguntó:

—¿Es la lista de los mineros que irán a Ganimedes?

Horker alzó la mirada un instante.

—Sí. Todavía ningún minero sabe cuál irá. Se les notificará mañana, una hora antes de bajar a la mina. Los que queden en los barracones embarcarán para Ganimedes.

—¿Por qué?

—En primer lugar, no tenemos que darles cuenta. Además, así se evitan nervios y tensiones.

Con la copa en la mano, Brenda paseó por detrás de Horker, echando un vistazo por encima de los hombros.

Su mirada reparó rápidamente los números escritos, y que Horker iba punteando, dando su conformidad. La muchacha se mordió los labios al no encontrar el número que le interesaba.

—¿Tienes que despertarte mañana muy temprano para organizar la partida?

Horker la miró lobunamente.

—No te preocupes. Apenas entregue a mi secretario estos papeles, visados por mí, no tendré nada que hacer hasta que te tengas que marchar mañana por la tarde. Podré dedicarte todo el tiempo.

Brenda sonrió y bebió otro sorbo, indicando con un Busto a Horker que hiciese lo mismo.

Cuando, unos minutos después, entró el secretario para recoger las órdenes, sólo frunció un poco el ceño al ver a su jefe bostezar sonoramente. Se marchó y entró un sirviente, empujando un carrito con la cena. Horker lo despidió rápidamente, diciendo:

—Tengo mis habitaciones privadas junto al despacho; pero pensé que aquí cenaríamos más tranquilos y...

Horker vaciló, se le doblaron las piernas y se derrumbó al suelo pesadamente.

Brenda pasó por su lado y se aseguró de que la puerta estuviera cerrada. Luego se sentó ante la mesa y abrió la carpeta con toda la documentación de la operación Ganimedes. Buscó un papel oficial, y comenzó a escribir en él a máquina. Luego imitó la firma del alcaide al pie del escrito. La examinó, y asintió, complacida. Siempre había sido una experta imitando cualquier firma con una simple muestra.

Conectó el comunicador, y dijo al hombre que contestó que llamase al secretario. El encargado de la centralita debía estar al corriente de la presencia de Brenda en el despacho del alcaide. Seguramente toda la prisión estaba en aquellos momentos pensando que el alcaide era un tipo condenadamente afortunado.

Instantes después llamaron tímidamente en la puerta.

Brenda se había despojado de las ropas y puesto uno de los pijamas de Horker, que encontró en el dormitorio anejo al despacho.

Antes de abrir la puerta, inyectó a Horker una nueva dosis de somnífero. Luego se enfrentó con el secretario, quien al verla en el vado la miró un tanto sorprendido.

Brenda le sonrió cálidamente, explicando:

—Disculpe al señor alcaide. Está ocupado ahora. Me pidió que le entregara esto. Creo que son unas órdenes adicionales.

—Pero...

Brenda estuvo a punto de soltar una carcajada ante la turbación del secretario. Era un hombre pequeño y delgado, de saltones ojos, que recorrían ávidamente la abertura de la blusa del pijama que usaba Brenda.

—Buenas noches, señor secretario —volvió a sonreír Brenda, cerrando lentamente la puerta.

Se quedó junto a ella hasta que escuchó las pisadas del secretario al alejarse por el pasillo. Estaba segura de que, en breves instantes, toda la base estaría al tanto de la aventura que estaba disfrutando el alcaide.

Brenda resopló y encendió un cigarrillo. Consultó la hora. Tenía tiempo suficiente de dormir un rato. Antes de dirigirse al dormitorio, echó una mirada al exterior. Desde la ventana se veía la nave que, dentro de unas horas, partiría hacia Ganimedes, con su cargamento de presos-mineros.

Antes de acostarse, terminó de disponer su equipaje. Desde que llegó a Creta II, lo dejaron en el despacho del alcaide. Aquella circunstancia le había venido muy bien. Recogió las diversas piezas metálicas dispersas, y montó con ellas una pequeña pistola, que dejó sobre la mesita de noche. Aplastó el resto del cigarrillo en el cenicero y cerró los ojos.

* * *

Damian despertó, intranquilo. Miró a su alrededor y la difusa luz rojiza de la salida del cobertizo le permitió ver a sus compañeros que aún dormían. El reloj eléctrico de la pared le indicó que todavía quedaban dos horas para el comienzo del trabajo.

Había dormido mal aquella noche. Le costó mucho dormirse. ¿Era realmente Brenda la cara femenina que había creído ver dentro de aquella escafandra, allí en la mina? Si no se había equivocado, resultaba algo absurdo. Brenda debería estar en la Tierra, intentando descubrir la complicada trama que le había conducido allí.

Ella y dos abogados amigos habían prometido ayudarle, investigar hasta donde pudieran, y conseguir una revisión de la causa. Por lo tanto, era

ilógico pensar que fuera ella.

Miró hacia donde dormía Tom. Al entrar en el dormitorio el encargado de seguridad, le rastreó con el detector, y aseguró que el índice radiactivo no era de importancia.

De todas formas, Tom tenía mal aspecto.

Las radiaciones de las minas eran todavía algo poco conocido, que no actuaba como las clásicas. Las consecuencias posteriores eran algo apenas estudiado.

El aullido del sistema despertador le asustó. Volvió a mirar el reloj. Todavía faltaba casi una hora para que fuesen despertados. La puerta del dormitorio se abrió, y entraron varios hombres armados, al tiempo que los presos comenzaron a incorporarse.

—Vamos. Arriba todo el mundo, a formar —gritó el capataz—. Los que vaya nombrando por su número que salgan y aguarden fuera.

Escuchó a Tom moverse a su lado, mascullar una imprecación y susurrarle:

—Maldita sea. Nos van a mandar a Ganimedes.

—Somos muchos. Tal vez no vayamos nosotros —replicó Damian.

—Pareces muy seguro de no ir tú. No olvides que no eres voluntario; pueden hacer contigo lo que quieran.

Damian dibujó una amarga sonrisa.

—De todas formas, estoy seguro de que preferirán dejarme aquí.

Tom le miró, intrigado.

—Nunca quise escucharte, muchacho. Pero tal vez debí hacerlo. Ahora te hubiera comprendido. Me parece que tú no eres un delincuente vulgar.

Desde la puerta ordenaron silencio, y el capataz empezó a vociferar los nombres. Los aludidos, a regañadientes, fueron saliendo, después de recoger sus escasas pertenencias. Ninguno ignoraba cuál iba a ser su destino, pero tampoco había uno que se atreviera a formular una queja.

—No hay derecho. Quien tenga familia, lo supondrá aquí —gruñó Tom—. Me pregunto cómo pensarán excusarse si alguno muere en la luna de Júpiter. O la nave explota con todos los presos a bordo.

Damian se encogió de hombros.

Cuando escuchó decir su nombre, se quedó sobrecogido. Tom tuvo que

darle un golpe para hacerle reaccionar. Luego dijeron el número de Tom.

—Lo siento, chico. Nos tocó. Vamos —dijo Tom.

Damian tomó su bolsa y siguió a Tom. Fuera del dormitorio, en el comedor, se estaban reuniendo los doscientos hombres. Había más guardianes armados, y Damian se dijo que más les valiera a ellos no hacer ningún gesto extraño porque todos estaban muy nerviosos.

El capataz se volvió, cuando estuvieron formados.

—Se os darán nuevas ropas de frío. Tenéis suerte porque vosotros las vais a estrenar. Luego, en formación, marcharéis por la pista de aterrizaje hasta la nave que nos espera al fondo —dijo el capataz—. Como no sois tontos, ya puedo deciros que vamos a marchar a Ganimedes. Sé que estos últimos días han corrido rumores del proyecto que se está comenzando en el satélite joviano. Ahora ya estáis seguros de que vosotros vais a inaugurar una nueva instalación minera. Allí os esperan equipos contra las radiaciones del último modelo, recientemente enviados desde la Tierra. Por eso os digo, muchachos, que sois afortunados. Vais a estar mejor que aquí.

Un minero avanzó un paso, y se enfrentó al capataz.

—Esto no es justo, capataz —dijo. Damian lo miró. Se llamaba Gerard, y no tendría más de veinticuatro años. Llevaba allí ya dos, lo que significaba que había cumplido cuatro de su condena—. Yo sólo tengo que espetar un año más en este maldito agujero para estar libre. Firmé voluntario para Marte. Me niego a ir a Ganimedes.

—Tú no estás en condiciones de negarte a nada, hijo. —le respondió el capataz esforzándose por hablar dulcemente—. Vuelve a la fila.

—Quiero ver al alcaide. Tenía cinco años de condena en la Tierra. ¿Es que en Ganimedes será la reducción aún mayor que aquí? Yo...

El capataz se le había acercado lentamente. De pronto, impulsó hacia delante su puño, y el minero cayó al suelo. El puñetazo le había roto el labio superior, y sangraba.

—No estoy dispuesto a perder tiempo con nadie. Ya me encargaré de ti en Ganimedes. Pero te juro que el viaje hacia allí para ti no será igual de bueno como para tus demás compañeros —silabeó el capataz—. Y que esto sirva de advertencia a los demás. ¿Alguna queja?

Nadie respondió, y el capataz ordenó que comenzaran a caminar en

hilera. A medida que pasaban por la puerta, les iban entregando un traje térmico.

Damian vio cómo Gerard era ayudado por dos mineros a incorporarse. Le observó caminar, vacilante. Sc^ dijo que Ganimedes no podía ser peor que Marte. De todas formas, el hecho de ser elegido le seguía sorprendiendo. Siempre había pensado que quienes le enviaron allí tenían sus razones para mantenerle en un lugar donde podían controlarle, saber siempre que, en cualquier momento, podían quitarle de en medio. Sus enemigos eran muy poderosos.

En cambio, le iban a enviar a Ganimedes. Sonrió amargamente. Nunca imaginó que iba a volver a Ganimedes. Y, mucho menos, convertido en un vulgar número, sin ningún valor como persona.

Sí, estaba seguro que en Ganimedes existía un yacimiento que merecía la pena ser explotado.

A su lado estaba Tom. Damian no le habló a él, pero su compañero arrugó el ceño al oírle murmurar: —Claro que lo sé. Lo conozco. Lo descubrí yo.

CAPÍTULO III

La «Osaka» era una nave con bastantes años de servicio, pero todavía se encontraba en buen uso. Su sistema de navegación protoplasmática había sido recientemente revisado, y todos sus elementos readaptados para viajar al lejano Ganimedes.

Hasta la fecha había estado realizando viajes Tierra-Marte y viceversa, transportando mercancías y pasajeros. Podía alojar cómodamente a los doscientos mineros y cerca de los cincuenta tripulantes y guardianes. Pero los condenados tuvieron que ser divididos entre los camarotes y otros compartimientos seguros.

De todas formas, los presos ocupaban tres niveles, que podían ser cerrados desde el puente de mando, a la menor señal de alarma.

Durante las primeras cuarenta horas, estuvo sometido a una constante aceleración. En ese plazo, las comunicaciones con Marte o cualquier otro punto de vigilancia eran imposibles. Cuando el capitán ordenó detener la aceleración, y pidió al técnico que le estableciese contacto con Creta II para rendir informe al alcaide, alguien entró en a1 puente, llamó la atención de todos y dijo:

—Será mejor que todos conserven la calma, y no hagan ninguna tontería.

El capitán, profundamente enfadado, se volvió para conocer al dueño de aquella voz, que le había sonado demasiado femenina.

Frente a él, y al lado de la puerta, vio a la chica que dos días antes había estado recorriendo las instalaciones en compañía del alcaide. Entonces

recordó que le había parecido extraño que Horker no acudiese a despedirlos, como hubiera sido lo normal. Cuando comentó con su segundo el hecho, fue informado que la chica estaba en las dependencias privadas del alcaide, y que éste debía estar pasándolo muy bien con la periodista.

Pero la mujer estaba allí, empuñando una pequeña pistola de rayos láser, moviéndola en abanico, y abarcando hasta el último técnico presente en el puente.

—Ya me han escuchado. No quiero ninguna clase de transmisión.

En aquel momento, comenzaron a surgir unos prolongados pitidos desde el transmisor. El técnico miró, angustiado, al capitán Longer, pero fue la muchacha quien dijo:

—No hagas caso. En Creta II han debido intentar comunicarse con esta nave desde hace varias horas, cuando el cerdo de Horker despertó, y comprendió muchas cosas.

—Escuche, nena. No sé lo que se propone, y si está loca o no —dijo Longer tratando de no perder los nervios—. Pero me inclino a pensar que no está bien de la cabeza. Si no lo sabe, le diré que esta nave se dirige hacia Ganimedes, a donde llegaremos dentro de veinte días...

—Lo sé, capitán. Quiero que se mantenga el rumbo. También sé que nos sería casi imposible variar la ruta porque esta nave está gobernada por el computador, que obedece la ruta prevista de antemano.

—Entonces, ¿qué quiere? ¿Un rescate por la nave? No me haga reír, señorita. Los propietarios no darían un centavo por la nave ni por su carga. Si, como periodista, busca la publicidad, le aseguro que ya la ha conseguido.

—Nada de eso —Brenda movió la cabeza negativamente—. Ahora quiero que se envíe este mensaje —y extendió un papel para que el técnico lo tomase—. Le advierto que conozco el uso de esos aparatos, y le destrozaré la cabeza si noto que está intentando avisar a las autoridades de la Tierra.

—Como capitán de la nave, tengo que conocer el contenido de los mensajes privados que se emitan desde aquí.

—No sea ridículo, capitán —rió Brenda—. Pero le diré que se trata de algo cifrado, y su destino es la Tierra.

Longer asintió al técnico, y éste procedió a la transmisión.

Brenda había cerrado detrás suyo la puerta, y parecía serena.

—¿Cómo logró entrar aquí, señorita?

—Usé el traje térmico del alcaide. Dentro de él, los guardianes no podían saber que quien entró, anoche, en la nave era yo. Luego cambió la guardia, y los que fueron relevados supondrían que yo salí más tarde. Lo cierto es que me quedé aquí, explorando la nave, mientras esperaba el momento de la partida.

—Bien. ¿Quiere decirme ahora lo que pretende?

—Por el momento, llegar a Ganimedes. Ustedes me obedecerán en todo, sin rechistar.

—¿Ha subido a bordo con alguien más?

—No.

—Entonces, será mejor que me entregue la pistola. Le juro que, si se porta bien, yo declararé en su favor. ¿Por qué no decimos que sólo intentaba conseguir un reportaje?

—¿Qué le hace sentirse tan confiado?

—Usted no podrá estar vigilándonos siempre, señorita. Aún nos quedan veinte días de viaje. ¿Es que no piensa dormir?

—Lo haré cuando tenga sueño. Ahora, quiero se ordene a los niveles donde están encerrados los presos, que liberen a todos éstos.

Brenda soltó sobre la mesa de mandos del capitán otro papel, que éste tomó con recelo.

—No puedo hacer lo que me pide, señorita. Eso significaría poner la nave bajo control de asesinos.

—Ninguno de los que viajan a bordo es un asesino.

—Yo sabía quiénes eran los elegidos por el alcaide para ir a Ganimedes —sonrió Longer.

—Anoche cambié la lista. Han embarcado otros hombres.

—Eso... Eso no es posible.

—Puede comprobar los números. Usted no estaba presente en los barracones cuando fueron llamados. Todos son de penas reducidas, muchos acusados falsamente, y la mayoría enviados a Marte por cuestiones políticas ocurridas en sus respectivos países. ¿Es que ignoraba que muchos gobernadores emplean artimañas para librarse de los hombres que les molestan? Siempre ven el modo de arreglar las pruebas para condenarlos.

Longer sacó precipitadamente del interior de su traje una lista, la provisional que él, junto con el alcaide, confeccionaron hacía cinco días. La puso junto a la que le había dado Brenda, que aunque en ella sólo figurasen veinte nombres, ninguno de ellos estaba en la que él poseía.

—No puedo consentir que mi nave vaya a parar a manos de unos facinerosos...

Brenda alzó la mano armada y disparó. El dardo de luz pasó a pocos centímetros de la nariz de Longer. Al otro lado del puente, hizo un profundo orificio en una pared de acero.

—Sé usar esta arma, y está rebosante de energía, capitán —dijo Brenda —. ¿Se imagina lo que ocurriría si algunos mandos son irremisiblemente destrozados?

Muy pálido, el capitán dijo a su segundo:

—Avise a los guardianes que traigan a estos prisioneros —y le entregó la lista de números.

* * *

En el reducido cuarto habían sido encerrados Damian, Tom y otro preso de color, llamado N-Kuma. Se habían usado todas las cabinas dotadas con cierta seguridad que existían en los tres niveles. En otras, un poco mayores, habían sido encerrados hasta veinte presos.

N-Kuma comentó que no habían sido muy desafortunados. Al ser los primeros en ser encerrados, pensaron que habría sitio para todos, y fueron un poco esplendidos los guardianes con el espacio.

—Hay algo extraño en todo esto, Dam —dijo Tom.

—No te entiendo...

—No sabría explicarlo; pero hay algo que no es normal.

Damian se encogió de hombros. A veces, el viejo Tom se ponía de una forma que no era posible mantener con él una conversación normal.

Escucharon pasos al otro lado del pasillo. Momentos antes, habían llegado hasta ellos rumores procedentes del fondo de éste, mezclados con golpes y lamentos. Habían estado tensos, tratando de escuchar mejor y comprender lo que había estado pasando. Pero ninguno se atrevió a decir nada

en concreto, aunque todos pencaban íntimamente que alguien estaba recibiendo una paliza.

Los pasos se detuvieron delante de la puerta, la cual se abrió. Al otro lado había un guardia. Sostenía entre sus manos el rifle de rayos. Estaba lleno de sudor, y aún jadeaba cuando dijo:

—Todos fuera. ¡Vamos!

Salieron los tres hombres, y Tom, que caminaba el último, recibió un empujón, propinado con la culata del rifle.

—Vamos, no tenemos todo el día.

Damian iba delante, y observó que los llevaban hacia el lugar donde, momentos antes, habían salido los ruidos y lamentos, y que desde hacía unos minutos cesaron.

Al final del pasillo se abrió una puerta y salió el capataz Guzmán, abrochándose la camisa. Tenía las manos enrojecidas y los nudillos le sangraban levemente.

Al verlos acercarse, dijo:

—Coged al cerdo que hay dentro, y llevadlo a vuestra celda. Luego volved, y quiero que limpiéis todo esto que no quede rastro.

Damian pasó junto al capataz, con los nervios en tensión, sintiendo que la sangre le hervía en las venas Miró al interior y se estremeció.

Gerard estaba convertido en una piltrafa, lleno de sangre por todas partes. Se movía lentamente y su boca una masa sanguinolenta, apenas si conseguía otra cosa que proferir unos quejidos roncos.

—No pudo esperar a llegar a Ganimedes, ¿verdad; —inquirió Damian, volviéndose hacia el capataz, que comenzaba a darle la espalda para marcharse.

Guzmán se detuvo y quedóse mirando, sorprendido, a Damian.

—¿Le ha sentado mal la partida, imbécil? —preguntó, frunciendo el ceño—. Le advierto que aún tengo fuerzas para que Gerard parezca ileso a su lado.

Damian proyectó su pierna hacia delante. Mientras Guzmán se llevaba las manos hacia el bajo vientre, Damian empezó a golpearle con los puños cerrados, con furia.

El guardián que les conducía soltó un grito, y se echó el rifle a la cara.

Tom se encogió contra la pared de pasillo, pero N-Kuma actuó, golpeando al guardián hasta derribarle al suelo. Luego tomó el rifle y lo amartilló.

Cuando el guardián, que estaba dentro del cuarto donde habían golpeado a Gerard salía, disparó. El hombre fue atravesado por el dardo de luz a la altura del pecho, y casi cayó convertido en dos.

N-Kuma y Tom tuvieron que agarrar a Damian, quien, sentado sobre el cuerpo del capataz, seguía golpeándole.

Damian, jadeante, dejóse llevar por sus compañeros. Entonces se asustó al ver en lo que había convertido el rostro de Guzmán.

—Estamos perdidos —musitó Tom—. Eso es lo que sé. Estamos perdidos. Nos arrojarán al espacio sin traje de vacío

—Ya pensaremos en eso. Ahora tenemos que buscar otra solución —dijo N-Kuma.

¿Qué solución? No nos queda otra que volarnos la cabeza. Sería lo mejor porque nos libraríamos de una muerte más dolorosa.

Todavía no estamos muertos. Tenemos armas, y podemos intentar algo —jadeó Damian. Estaba más sereno.

—¿Algo? ¿En una nave a mitad del camino a Ganimedes? —protestó Tom—. Mira, Dam, no soy ningún imito, y sé que, aunque quisiéramos, no podríamos desviarnos de la ruta. Y aunque lo pudiéramos hacer, ¿adónde podíamos ir?

N-Kuma asintió, desalentado.

—Tom tiene bastante razón. Antes de que consiguiéramos llegar a la Tierra o Marte, intentando descender en secreto, nos estarían esperando —sonrió tristemente—. Y este trasto no nos puede llevar más allá de Júpiter.

—No pienso ir a las estrellas —replicó Damian inclinándose para comprobar el estado de Gerard.

—Pero primero tendríamos que apoderarnos de la nave...

—Tú lo has dicho. Si procedemos con cautela, podemos hacerlo.

—¿Y luego? —insistió Tom.

—No nos queda otro camino que ir a Ganimedes.

—Necesitaremos ayuda...

—La obtendremos de nuestros compañeros.

—¿Es que piensas que podemos convertirnos en piratas?

—No sería mala idea.

—No sé qué pensar —dijo N-Kuma moviendo la cabeza—, No estoy tan seguro de que todos quieran arriesgarse a ayudarnos. Algunos llevan bastante tiempo, y les queda poca condena por cumplir.

—Se lo preguntaremos. Sólo se pondrán de nuestro lado aquellos que quieran. Ahora no perdamos tiempo. Pueden venir, en cualquier momento, a averiguar lo que ha pasado.

Gerard había empezado a recuperarse. Tom le ayudó a sentarse en el suelo, y Damian le pidió que se quedase con él, cuidándole. Tomaron las armas y cerraron la puerta que conducía al pasillo principal, después de asegurarse de que al otro lado no había ningún guardián.

Desanduvieron el camino, pasaron por la celda que habían ocupado, y se detuvieron en la siguiente. N-Kuma comentó:

—En esta parte de la nave no hay muchos presos, a parecer. Debemos estar cerca del puente de mando. El grueso de nuestros compañeros están en los niveles inferiores. En realidad, esta nave no está acondicionada para transportar condenados. Quizá esto nos convenga. Sólo hay otras dos celdas. A lo sumo, seis hombre más.

—Serán bastantes, por el momento —sonrió Damian dándole ánimos a su compañero, haciendo tintinear la llaves magnéticas que había quitado a Guzman.

Abrieron las puertas, y casi tuvieron que sacar a en pujones a los seis condenados que la ocupaban. En el pasillo, Damian les explicó lo sucedido, y su plan para apoderarse de la nave. Luego hizo hincapié en que no mezclaría en el asunto a aquellos que no quisieran. Pero éstos estarían obligados a no intervenir, manteniéndose neutrales.

—Yo tengo demasiada condena todavía, y no estoy conforme con la decisión de enviarme a Ganimedes nada se me ha perdido allí. Considero que esta decisión es una injusticia —dijo un hombre de edad mediana, alto y fuerte. Damian sabía que se llamaba Derek

Los demás, aunque no demostraron mucho entusiasmo, tal vez porque tenían sus dudas acerca del éxito de la empresa, confesaron que colaborarían.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Derek.

Damian le entregó la tercera arma, diciendo:

—Vendrás con nosotros. Vamos a subir hasta el puente de mando.

—Sí, es posible que consigamos algo si logramos llegar allí. El capitán no querrá arriesgarse a perderlo todo ¿Y después?

—Tened confianza en mí. Ya estuve antes en Ganimedes, y sé lo que podemos obtener de esa luna. Ahora un hay tiempo para explicaciones.

Por supuesto que no tenemos mucho tiempo, pero te aconsejo que tus ideas sean buenas, amigo —asintió Derek, sonriendo de una forma que Damian no supo a qué atenerse.

Volvieron a pasar por el cuarto donde Tom estaba cuidando a Gerard.

—No está tan mal como habíamos temido, Dam —informó Tom dejando por un momento de limpiarle el rostro de sangre—. Volvió en sí, pero de nuevo se desmayó. Unos días de descanso y estará como antes.

Damian asintió e hizo una señal para que le siguieran N-Kuma y Derek. A los otros cinco condenados les pidió que aguardasen en el pasillo hasta que consiguieran más armas para ellos o el terreno estuviese despejado.

N-Kuma abrió la puerta y fue el primero en salir al pasillo principal. Al fondo había un túnel comunicador, junto a los ascensores. Aunque al pasar por allí para ser encerrados en las celdas no tuvieron demasiado tiempo para fijarse en los detalles, Damian recordaba que, por aquel sitio, se debía llegar a la arteria principal del navío: el puente de mando.

—Usaremos el túnel de comunicación —musitó Damian—. Nadie debe utilizarlo teniendo los ascensores en uso.

Apenas había terminado de hablar cuando las puertas del ascensor se abrieron, y tres guardianes surgieron de él. Al ver a los hombres vestidos con las ropas de condenados, se detuvieron estupefactos, sin dar crédito a lo que veían. Uno de ellos llevaba un papel en la mano, y todos estaban armados con pistolas, aunque las llevaban enfundadas.

Los tres hombres los apuntaron con sus armas, y Damian gritó:

—Quietos. No queremos disparar. Pero lo haremos si no os desprendéis de vuestros cinturones y os acercáis muy despacio.

Los guardianes se pusieron nerviosos, y uno de ellos empezó a sacar la pistola. N-Kuma disparó y a través del vientre del hombre. Los otros dos, en lugar de alzar las manos, quisieron empuñar las armas, al tiempo que saltaban del centro del pasillo.

Cuando Damian, maldiciendo, y Derek, dispararon los guardianes ya tenían las pistolas fuera. Incluso uno de ellos llegó a apretar el gatillo, mientras caía al suelo con un enorme agujero a la altura del corazón. Su disparo hizo una profunda muesca en el metálico pavimentó.

Damian estaba furioso porque hubiera querido evitar aquella matanza. La muerte de aquellos hombres les ponía en un camino del cual era imposible retornar.

Llamó a tres de los presos que esperaban al otro lado de la puerta, y les entregó las armas de los muertos diciéndoles que se quedasen allí para impedir que otro guardianes subiesen al puente de mando detrás de ellos.

Luego se volvió a N-Kuma y Derek.

—Vamos —les dijo—. Arriba.

CAPÍTULO IV

Jhon Rhodes miraba fijamente el rostro, pálido, del alcaide Horker, mientras éste leía, por segunda vez el documento que instantes antes le había arrojado sobre la mesa.

—¿Se da perfecta cuenta de que se le exigirán serias responsabilidades de su actuación, alcaide? —preguntó Rhodes cuando Horker dejó el papel de forma que parecía quemarle la yema de los dedos.

Horker deglutió trabajosamente y asintió.

—Ese documento, extendido por sus superiores, señor alcaide, me confiere plenos poderes en este establecimiento penal. Yo traía instrucciones precisas para actuar ¿Y qué me encuentro? Un verdadero desastre. ¿Que estaba usted esperando para informar?

—Estaba comenzando a redactar el informe...

—¿Ahora, después de tres días que partió la nave con doscientos condenados que debieron haberse quedado aquí, ocupando los puestos de los que verdaderamente tenían que haber sido enviados a Ganimedes?

—Antes tenía que investigar, confirmar sospechas Horker tenía un terrible dolor de cabeza, que comenzó la mañana en que se despertó con evidentes síntomas de haber sido drogado, y que luego se acrecentó, cuando le comunicaron que la nave había partido.

Más tarde, su secretario le informó del cambio que realizo en última instancia. Horker casi quiso estrangularle, después de decirle que aquella firma no era la suya.

El secretario protestó diciendo que los papeles en los que se había

redactado la contraorden eran oficiales y que no tenía ya tiempo para verificar nada. Además añadió con una sonrisa ladina, el alcaide parecía estar muy ocupado en aquellos momentos. ¿No recordaba que le dijo que no quería ser molestado aquella noche? Incluso fue la chica quien se asomó a la puerta, por cierto muy ligera de ropas, para entregarle la documentación.

A partir de entonces el dolor de cabeza de Horker llegó a tal extremo que, en algunos momentos, pensó que le iba a estallar en mil fragmentos.

En un estado de alto nerviosismo, comenzó a indagar. Cada punto que investigaba le sumía en una más profunda desesperación.

Luego, inesperadamente, llegó una nave. Y en ella venía aquel hombre llamado Jhon Rhodes que ahora después de mostrarle sus documentos de identidad, no existía la menor duda que tenía suficiente poder sobre él para aplastarle la cabeza con el pie.

—Esa chica..., ¿cómo se llama? —preguntó Rhodes.

—Brenda Lake —susurró Horker, mientras interiormente la maldecía.

—Suponiendo que ése sea su verdadero nombre, ¿pe qué no se aseguró que realmente era una periodista?

—Traía documentos...

—Que usted sólo miró superficialmente porque es más grato fijarse en su bonita cara y hermoso cuerpo, ¿no?

—Los papeles parecían auténticos —protestó Horker.

—Se lo enseñó todo, las minas, los barracones, introdujo en su despacho y la dejó curiosear por todas partes. Luego se dejó drogar por ella, circunstancia que Brenda aprovechó para confeccionar una nueva lista de embarque, que el estúpido de su secretario aceptó sin rechistar. ¿Sabe lo que ha hecho, alcaide?

Horker negó con la cabeza. ¿Cómo quería aquel tipo que él lo adivinase en medio de aquel terrible dolor.

—Entre los doscientos condenados que ahora navegan rumbo a Ganimedes, existe un número importan de los cuales yo tenía que hacerme cargo, decidir sobre ellos. Si se ha tomado la molestia de leer los historiales de cada uno, ha debido comprobar que casi ninguno llegó a Creta II en calidad de voluntario, sino que la mayor parte de ellos fueron enviados a la fuerza. ¿No comprende que existían fundadas intenciones en la Tierra de mantenerlos

alejados para que no causaran problemas a ciertas personalidades, muy interesadas en vivir tranquilas? Nos costó mucho dinero y esfuerzos conseguir que fueran enviados aquí, en donde, con paciencia, los podíamos ir eliminando. Casi más de cien condenados, señor alcaide. ¿Va comprendiendo ahora? Todos son personas molestas en la Tierra. Todos fueron acusados falsamente, trucadas las pruebas en las que se basaron los jueces para condenarlo a veinte o treinta años de trabajos forzados. Usted ha permitido que el trabajo de muchos años se venga abajo en sólo unos días. Sí, su responsabilidad es muy grande.

Horker arrugó el ceño. Aquellas palabras no le gustaban, incluso menos que la sonrisa despectiva de Rhodes. Se inclinó sobre la mesa e inquirió:

—¿Quiere decir que eran inocentes?

—En cierta forma, sí.

—¿Todos?

—Oh, no todos. Unos treinta o cuarenta condenados de los embarcados en el «Osaka» son verdaderos criminales. La chica tuvo que incluirlos para completar el lote. Muy a su pesar, supongo yo.

—La nave no puede alterar su rumbo. Inexorablemente, tiene que llegar a Ganimedes

—Lo sé. ¿Qué noticias tiene de ella?

—Ninguna. Durante las primeras treinta horas, no se puede realizar contactos con una nave...

—También lo sé. Pero va han pasado tres días, ¿no? Han tenido tiempo de establecer contacto con el capitán de la «Osaka».

Horker negó en silencio, suspiró y dijo:

—Todos los intentos han sido en vano. La emisora de la «Osaka» permanece muda.

Las facciones de Rhodes se ensombrecieron.

—Eso indica que a bordo han sucedido cosas... Entonces, debemos alertar a la base minera en Ganimedes que espera la nave. Deben prepararle, allí, un buen recibimiento. ,

—Durante muchos días Ganimedes estará al otro lado de Júpiter, señor Rhodes. Ese planeta gigantesco hace imposible que, durante un largo período, se puedan enviar mensajes a la luna.

Rhodes crispó los puños.

—Debemos tomar otras medidas. Una nave rápida puede alcanzar a la «Osaka», destruirla.

Horker casi saltó de su asiento.

—Morirían muchos inocentes. Además de la tripulación, usted mismo ha dicho que tres cuartas partes de los presos son inocentes...

Rhodes entornó los ojos.

—He hecho un largo viaje, alcaide. Cien millones de kilómetros. ¿Tan obtuso es que no comprende que mi misión, aquí, es muy importante? En la Tierra existen presiones por parte de unas comisiones formadas últimamente, que solicitan la revisión de muchos casos. La opinión pública está conociendo esto, y la presión e grande. No podremos resistir por mucho tiempo. El cualquier momento, los tribunales pueden ordenar que se abran los expedientes y... No estamos seguros de cómo puede terminar el asunto. Por eso he venido yo alcaide.

—Para eliminar a toda esa gente, ¿no es cierto?

—Digamos que para ayudarle a usted. Esos preso debían sufrir mortales accidentes, hasta que no quedas uno solo.

Horker se mordió los labios. Siempre había sido un tipo poco honesto, pero por su mente nunca pasó 1a posibilidad de que algún día se podía convertir en un asesino.

—Usted no puede disponer de tales ordenes, señor Rhodes...

—¿No? En parte, tiene razón. Yo soy uno de los que han decidido lo que debemos hacer. No sea tonto, alcaide. No intente oponerse a nosotros. Controlamos esta prisión. Por nuestra influencia, se construyó. Nos ganamos una fortuna para convencer a los políticos de muchas naciones de su necesidad. Sobornamos a cientos de personas para obtener los permisos. Usted no se ha molestado en investigar que Creta II no está controlada por los gobiernos terrestres, sino por una comisión, de la que yo soy uno de sus principales miembros.

Horker sentía que el dolor de cabeza le abandonaba lentamente, para empezar a sudar copiosamente.

—Se me podrá acusar de muchas cosas, Rhodes, pero nunca me sentarán en un banquillo acusado de asesino, ni siquiera de cómplice.

—Es usted un estúpido, Horker. No debe oponerse a nosotros. ¿Es que creía que estaba solo en este penal? Teníamos otros hombres, que le vigilaban, que procuraban ir eliminando a ciertos tipos cuando nosotros se lo decíamos. Por el momento, eran pocos, apenas dos o tres cada año. Entonces no pensábamos que las cosas se precipitarían. Podíamos ir despacio. Pero ahora era preciso acabar con todos rápidamente. Y usted, con su inepta actuación, lo está estropeando todo.

Horker se pasó, por la sudorosa cara, una temblorosa mano.

—Voy comprendiendo. No fueron accidentes. Esos trajes defectuosos y tantas cosas. Entonces no fue un accidente la rotura de la galería cuatro, en la que perecieron tres condenados, el año pasado. Yo temí que se me pidieran responsabilidades cuando emití el informe y...

—Por el contrario, nos alegramos mucho. Murieron los que debían. Eran unos tipos que estaban a punto de cumplir los diez años de condena. Como las leyes que nos impusieron los gobiernos exigen que las condenas se reduzcan aquí a la mitad, no queríamos verles libres en sus países en breve —Rhodes suspiró—. Todo el mundo piensa que éste puede ser un buen sistema para redimir a los delincuentes, pero esta mina aún es reciente, y nadie ha tenido oportunidad de salir aún. Al menos, ninguno de los presos poco gratos en la Tierra. Para eso teníamos a los delincuentes comunes que, con su liberación, acallarían muchas protestas.

—Esto es demasiado grave, señor Rhodes.

—Por supuesto. Es grave para todos. Ahora tenemos que correr más riesgo, pero le aseguro que no debe preocuparse. Aún tenemos muchos medios para detener a esos tipos.

—No me ha entendido. Yo no puedo colaborar con ustedes. En Marte, existen legaciones de muchas naciones terrestres. Iré a Cooperville, los veré a todos y contaré lo que sé.

—Me lo temía —exclamó Rhodes, desalentado—. Me hubiera gustado que esto no llegara.

—Que no llegara, ¿qué? —preguntó Horker, temiendo haberse precipitado, impulsado por los nervios.

Apenas tuvo tiempo de ver la diminuta pistola que salía de la bocamanga derecha de Rhodes. El finísimo dardo de luz le dio en la frente,

casi entre los ojos. Se deslizó del sillón, cayendo sobre la moqueta, que en seguida empezó a llenarse de sangre.

Rhodes se levantó, abrió la puerta y llamó a alguien.

Al instante, un hombre, vistiendo las ropas de los guardianes, miró, indiferente, el cuerpo sin vida del alcaide. Rhodes lo señaló y dijo:

—La versión oficial será que la chica, en lugar de drogarlo, lo mató. El secretario también sabe demasiado; y no me fío de él. Ya sabes lo que tienes que hacer con él, Connors.

El guardián asintió, llamó a otros compañeros que aguardaban fuera, y entre todos sacaron el cuerpo.

Luego, después de asegurarse de que el sillón del alcaide no estaba manchado de sangre, Rhodes se sentó. Cerró los ojos. El asunto requería meditarlo profundamente.

Cuando, muimos después, se levantó de allí, una ligera sonrisa flotaba en sus delgados labios.

* * *

—Están tardando demasiado —dijo Brenda dirigiéndose al capitán, con un rictus de impaciencia en sus labios.

—Desde aquí, no puedo saber lo que está pasando —replicó Longer, malhumorado.

—Conecte los visores de los niveles —ordenó Brenda indicando las pantallas alineadas a su derecha.

Un hombre movió unas clavijas, y las pantallas se llenaron de imágenes.

—Con ellas cubrimos sólo las salidas de todos los niveles. No existen cámaras para recorrer los innumerables pasillos —explicó el capitán estudiando los lentos movimientos de Brenda. Sabía que ésta tendría que dejar de vigilarlos algunos segundos para dedicar su atención a las pantallas.

—No se ve a nadie...

—Es lógico, en parte. Las órdenes son que no debe haber nadie en esos puntos. Sólo deben ser usados como paso obligado —dijo el capitán—. En realidad, no usamos los visores. ¿Quién se va a escapar de una nave en el

espacio?

—Mueva la segunda pantalla hacia la derecha —pidió Brenda.

Longer desvió la mirada, y creyó ver algo extraño en el ángulo inferior izquierdo de la que indicaba la mujer. El técnico movió el control remoto de la cámara, y ésta mostró tres cuerpos mutilados, formando un confuso montón.

El capitán tragó saliva, y palideció ligeramente. Reconoció, empero, en aquellos hombres a los guardianes que debían haber bajado hasta los niveles a buscar a los condenados elegidos por Brenda. Estaban en el primer nivel, muertos y despojados de sus armas.

Pero Longer reaccionó antes que Brenda, para quien aquella visión suponía que algo extraño estaba sucediendo abajo.

La distracción de Brenda permitió a Longer saltar sobre ella y asestarle un golpe con su mano abierta sobre la muñeca con la que empuñaba la pistola. Brenda soltó un corto grito de dolor e hizo intención de recoger la pistola, pero ya se le había adelantado uno de los técnicos del puente, y la estaba usando para apuntarle con ella.

Longer sonrió ampliamente, avanzando un paso hacia Brenda, cuyos ojos reflejaban la más profunda desesperación, al ver que sus planes se venían abajo estrepitosamente.

—Lo siento, preciosa, pero a partir de ahora las cosas se le ponen muy feas a usted. —Observó que la mujer miraba, esperanzada, las pantallas, y añadió—: No nos crea tan tontos. Cuando se dio las órdenes a los guardianes para que trajesen a los prisioneros, eso era precisamente lo último que iban a hacer. Por el contrario se les transmitió una indicación secreta para que los reunieran en una cámara esclusa. Al menor indicio de alteración del orden a bordo, hubieran sido expulsados al vacío —arrugó el ceño al mirar de nuevo los cuerpos de los tres guardianes—. Claro que algo ha debido suceder. Será mejor dar la alarma, y que se cierren todas las compuertas desde aquí...

Inesperadamente, la puerta de acceso al puente se abrió, y tres hombres irrumpieron violentamente. Une de ellos disparó, y el técnico que apuntaba a Brenda saltó hacia atrás, con el rostro destrozado por el impacto del láser. Derek soltó una risotada, y se plante en medio de la sala, diciendo:

—El siguiente que se mueva irá a hacer compañía a ese tipo.

—Tranquilo, Derek —rezongó Damian, evidentemente disgustado por la violenta actuación del condenado— Estoy seguro de que ninguno de estos amigos intentan alguna clase de tontería.

—Damian —dijo Brenda, corriendo a su encuentro.

Damian Duque parpadeó, pero terminó sonriendo y abriendo los brazos para acoger en ellos a la muchacha

—Entonces no vi visiones en la mina, cuando pensé que eras tú la que estabas al lado del alcaide.

—Claro que no, grandísimo idiota —dijo Brenda con voz rota—. ¿Qué ha pasado abajo?

—Nos topamos con unos tipos —la apartó y miro ansiosamente—. Eres una loca. ¿Cómo has podido organizar todo este jaleo tú sola?

—Sola, no. ¿Has olvidado a tus amigos? En la Tierra todos están trabajando para ti, haciendo que la burocracia e intrigas no detengan el curso de la justicia.

—Entonces, ¿por qué te has arriesgado?

—Tenemos un plan para precipitar las cosas, para hacer que las barreras que levantan ante nosotros se derrumben.

—Luego me lo explicarás todo. Ahora tenemos que consolidar nuestra posición —Damian se volvió hacia Longer, sonriéndole—: Capitán, espero que usted nos facilitará las cosas para que no haya más muertos.

Longer suspiró.

—¿Tengo otra solución?

CAPÍTULO V

Damian dejó caer el rifle láser sobre la mesa, cansadamente. Estaba agotado, sucio y lleno de desaliento.

Habían querido evitar muertes, que consideraban ya innecesarias, pero los guardianes se habían hecho fuertes en el último nivel. Eran casi veinte y estaban bien armados. Con ellos estaban más de cincuenta condenados, que pagaron las consecuencias de la lucha.

Encerrados en cuartos, apiñados, aquellos desgraciados no tuvieron la menor oportunidad. Los guardianes amenazaron con matarlos a todos si no se rendían, el capitán Longer volvía a hacerse con el mando de la nave, los sublevados deponían las armas y volvían a las celdas.

Damian consultó con los liberados. Ninguno estuvo conforme en la propuesta. Longer habló con el grupo de resistentes, conminándoles a rendirse, alegando que, con su actitud, sólo iban a conseguir que la situación se deteriorase.

Los guardianes alegaron que los condenados se vengarían de ellos, apenas se entregasen, de los malos tratos que en Creta II les infligieron durante tanto tiempo. Damian les gritó que él les ofrecía toda clase de garantías si se rendían, pero que no podía acceder a deponer las armas porque entonces serían los condenados los que recibirían las represalias.

—Tienen mucho miedo —dijo Longer a Damian—, Piensan que entre los condenados pueden estar muchos de los que maltrataron en las minas. No se rendirán. ¿Qué podemos hacer?

Damian lo pensó, y dijo al capitán:

—Dígales que pueden quedarse en ese nivel hasta que termine el viaje. Se les entregará comida y agua. Incluso pueden conservar las armas, pero a condición de que no intenten salir de ese lugar, y permitan salir a los condenados que están con ellos.

Longer se encogió de hombros, y comunicó a los guardianes la propuesta. La respuesta que recibió no le pilló de sorpresa.. Con gesto repleto de impotencia, se volvió para decir a Damian:

—Lo siento. En una situación como ésta es imposible llegar a un acuerdo. Hemos tenido la mala suerte de que ese grupo esté formado por los guardianes más duros que siempre ha habido en Creta II.

Instantes después, empezaron a escuchar detonaciones. Y minutos más tarde, decenas de cadáveres eran arrojados al casillo.

Los guardianes habían dado una respuesta definitiva.

Aquella matanza inútil exasperó a los condenados liberados. Momentos antes habían arrasado la armería, y todos estaban bien armados. Se lanzaron contra el último nivel, desbordaron las precarias defensas de los guardianes y, en menos de media hora, la resistencia había sido anulada.

Damian intervino en la lucha, pero lo hizo sintiendo a cada instante deseos de vomitar. No era cobarde, pero consideraba que aquella batalla era estúpida. Se mató por el simple hecho de matar, por venganza, llevados los condenados por un criterio de asesinar, justificándose con la matanza perpetrada en sus compañeros.

Los escasos prisioneros, hechos entre los técnicos y guardianes, fueron confinados en el cuarto nivel. Aquello pudo conseguirlo Damian después de convencer a los hombres, quienes, cegados por la sangre, insistían en matar hasta el último guardián, hasta el más inocente de los técnicos.

Cuando Damian les dijo que necesitaban a dos técnicos para que la nave continuase funcionando, pareció que la cordura volvió a ellos.

Después de organizar la vida a bordo, recoger los cadáveres y arrojarlos al espacio, Damian encomendó el orden a N-Kuma, diciéndole que, si le necesitaban para algo, estaría en el camarote del capitán.

Aún recordaba la mirada irónica de Derek cuando pronunció aquellas palabras. Sabía que Derek era un vulgar asesino, que le crearía problemas más adelante. Pero, por el momento, no podía iniciar una serie de rencillas entre

ellos.

Después de dejar el rifle sobre la mesa, un rifle con escasa carga ya, alzó la vista. Sentada sobre la litera del capitán Longer, estaba Brenda, sonriéndole.

Damian pasó por su lado, diciendo, antes de entrar en el reducido lavabo:

—Tengo que quitarme esta suciedad de encima. Perdona.

Brenda le observó mientras se desnudaba. Su carne estaba manchada de grasa, de suciedad y sangre. Le vio meterse en la ducha y estar bajo ella un buen rato, refregándose vigorosamente. Luego, con una manta arrollada alrededor de la cintura, salió y se sentó frente a la muchacha, encendiendo un cigarrillo.

—Ha sido horrible —dijo Damian—, Han muerto demasiadas personas.

—Lo sé —asintió Brenda—. Yo pensé que todo saldría mejor, que no sería necesaria esta matanza.

—Estas cosas nunca pueden salir como uno hubiera deseado —replicó Damian mirando el humo de su cigarrillo—. Pero ya está hecho. Espero que podamos justificarlo algún día.

—Por supuesto. Todos los guardianes eran unos asesinos, Damian. En la Tierra conocemos sus historias. Creta II era un montón de escoria.

—¿También el alcaide?

—Me parece que ese tipo no estaba enterado de nada en absoluto. Era manipulado por otros.

—Me lo suponía. ¿Qué me dices del capitán Longer y la tripulación?

—Ajenos a todo. Son simples, trabajadores. No tienen nada que ver.

—Me alegro. Creo que sólo murió el que mató Derek en el puente de mando.

—Así es. Y lo lamento. No debemos fiarnos de ese Derek.

Damian la miró con los ojos entornados.

Entonces le explicó lo que pasó abajo, casi en el mismo instante en que ella estaba ordenando al capitán que liberara una veintena de presos, entre los que Damian se encontraba.

—Ese cerdo de Guzman se estaba vengando de Gerard, un buen chico. Me cegué y ataqué. Por suerte, N-Kuma estaba conmigo y me ayudó. Lo que

hicimos nos obligaba a seguir adelante, desesperadamente. Si nos cogían vivos, lo hubiéramos pasado muy mal. No podía suponer que tú, en esos instantes, estuvieras en el puente.

—Si no hubieras intervenido, toda mi labor no habría servido para nada —rió Brenda nerviosamente.

—Bien, ahora somos los dueños de la nave. Yo también pensé hacerme con el mando. Intentaba llegar con ella a Ganimedes, puesto que no hay forma de desviarla del rumbo establecido. ¿Puedes decirme cuál es tu plan? Esperemos que sea mejor que el que yo pensé precipitadamente.

—Por supuesto; como no podíamos hacer otra cosa que seguir hasta Ganimedes, todo lo planeado radicaba en que, una vez allí, conseguiríamos contactar con la Tierra, informar de lo que está pasando.

—Yo confiaba apoderarme de la base por sorpresa, confinar a los componentes de ella, y encontrar alguna forma de volver a la Tierra. Una vez en Ganimedes, podíamos repostar de energía la nave, y trazar un rumbo de regreso.

Brenda sonrió.

—Nuestro plan difiere en bastantes puntos del tuyo, amor.

—Te escucho.

—Transmití un mensaje cifrado a la Tierra, desde el puente, Dam. Nuestros amigos deben haberlo recibido ya, o están a punto de hacerlo. Les dije que el plan seguía su curso. Era el aviso que están esperando para ponerse en acción. Desde varios puntos del planeta, diversas comisiones están dispuestas para comenzar una campaña, con el fin de desenmascarar a la organización que está enviando hombres inocentes a las minas de Creta II.

Damian aplastó el cigarrillo sobre el cenicero.

—¿También se revelará lo de Ganimedes?

—Desde luego. Es lo más importante. Confiamos despertar a la opinión pública, a los gobiernos, contra la organización que intenta monopolizar el sistema energético de la Tierra y de todo el sistema solar.

—Será difícil apoderarse de la base en Ganimedes. Aunque consigamos cogerlos desprevenidos...

—No estarán desprevenidos, cariño.

—¿Cómo estás tan segura?

—Mira, la lista primitiva de los hombres que tenían que embarcar estaba compuesta en su cien por cien por presos comunes, verdaderos delincuentes. Yo hice otra, y conseguí que todos los presos inocentes de Creta II fueran embarcados.

—Derek no es inocente, estoy seguro —dijo duramente Damian—. Y también hay otros a bordo que son como él. Los conozco.

—Tuve que elegirlos al azar para completar a los doscientos. No había suficientes condenados acusados falsamente para llegar a los doscientos.

—Tienes razón. Ahora comprendo por qué sabes que en Ganimedes nos estarán esperando. Apenas partió esta nave de Marte, debieron averiguarlo todo, el cambio de los condenados. Habrán llamado por radio-láser a Ganimedes, informando. Y ahora, cuando no reciban noticias en Creta II de la «Osaka», comprenderán que nos hemos apoderado de ella —sonrió amargamente—. Una batería de misiles nos estará aguardando.

—No creo posible que, desde Marte, hayan podido contactar con Ganimedes.

Damian levantó la mirada interrogadoramente.

—Ganimedes estará muchos días detrás de Júpiter, y las interferencias del gigantesco planeta harán imposible las comunicaciones hasta dentro de dos o tres semanas.

—No te entiendo. ¿Por qué piensas que, de todas formas, nos estarán esperando?

—Porque nuestra actuación en la Tierra alertó a la organización. Nos enteramos de que estaban alarmados y propusieron a Jhon Rhodes que se trasladara a Creta II con instrucciones especiales.

—Jhon Rhodes —musitó Damian.

—Sí, el mismo. Rhodes, quien te robó el descubrimiento de los yacimientos de Ganimedes, y te envió a Marte, acusado de haber matado a tu socio para quedarte con unas concesiones mineras.

—Siempre pensé que Rhodes estaba implicado en la organización.

—Es uno de los principales. Cuando supimos que Rhodes iría a Marte para hacerse cargo dé la instalación minera, con el exclusivo fin de provocar un accidente que matara a los ciento y pico de presos inocentes, aceleramos nuestra actividad. En pocos días, tuvimos que pensar un plan para evitar que

Rhodes consiguiera su propósito.

»Falsificamos unos documentos para hacerme pasar como periodista, y embarqué sólo dos días antes en una nave de línea hacia Marte. Rhodes iba detrás, siguiéndome de cerca, pero ignorando que yo me había adelantado.

»No teníamos tiempo que perder. Sabíamos que los yacimientos de Ganimedes, los más importantes del sistema solar, estaban a punto de ser explotados. Para ello, la organización quería empezar con un par de centenares de reclusos comunes, sacados de Creta II. La nave ”Osaka” iba a partir de Creta II al día siguiente de llegar yo allí, después de aterrizar en el espaciopuerto de Cooperville. El tiempo estaba tan ajustado que, durante todo el viaje desde la Tierra, estuve temiendo que un retraso lo echase todo a perder. Pero llegué a tiempo y conseguí mi propósito de cambiar los números de los condenados. Por fortuna, el alcaide era un tipo cuya debilidad son las mujeres —terminó riendo Brenda.

—Me pregunto hasta dónde tuviste que llegar...

—Oh, vamos. No seas celoso. Horker no era mi tipo, y lo drogué.

—Vaya, me alegro que no fuera bien parecido.

—No seas tonto, cariño. En la Tierra estudiamos su historial, y sabíamos cuán mujeriego es. Pero sospecho que no volverá a mirar a una chica en mucho tiempo.

—Le hemos metido en un buen lío.

—Si conseguimos salimos con la nuestra, podemos salvarle de un buen castigo.

—Pero queda el problema de Ganimedes. Nos estarán esperando con las armas preparadas. No nos dejarán salir de la nave.

—Confiemos en nuestros amigos. No olvides que, desde muchos países de la Tierra, intentan ayudarnos en nuestra causa. Por culpa de la organización, se están cometiendo muchas injusticias. Funcionarios decentes, periodistas y senadores honrados, que han intentado descubrir las manipulaciones de la organización, fueron sistemáticamente eliminados. Los que no murieron en misteriosos accidentes fueron acusados de estafa, violaciones o crímenes, desprestigiados y enviados a Marte, a pudrirse en las minas de Creta II. Tú fuiste el último, y confiemos que nadie siga tu camino.

Damian se pasó la mano por la cara. Bajo sus ojos había profundas

ojeras. Pero sonrió a la mujer, tomándola de las manos.

—Te he echado mucho de menos.

Brenda cogió dos vasos y los llenó de coñac.

—Brindemos antes, cariño.

Apenas Damian dejó su vaso medio vacío cuando miró, parpadeante, a Brenda.

—Lo siento, Dam. Tienes que descansar. Te conozco y estoy segura de que te hubieras caído medio muerto de fatiga antes de hacer muchas cosas. Duerme tranquilo. Otros se encargarán, por ti, de organizar este jaleo que tenemos a bordo.

—Eres... Eres una bruja —dijo Damian. Se levantó y, tambaleante, se dirigió a la litera.

Brenda le ayudó a acostarse, y le besó ligeramente en los labios.

Damian, cerrando los ojos y dibujando una dulce sonrisa, añadió:

—Pero te quiero...

La mujer le cubrió con una manta y se acercó a la puerta. Alguien la abrió desde el pasillo y un hombre joven, de no más de treinta años, introdujo un pie en el camarote. Brenda le miró su rostro tumefacto. Diversas tiras cubrían las partes más dañadas de la cara.

—Hola, soy Gerard —sonrió, y su sonrisa se quebró en un gesto doloroso—. Lo siento, pero no puedo sonreír aún con facilidad. He venido a ver a Damian. Quiero darle las gracias.

—Está durmiendo. Lo hará por unas horas. Está demasiado agotado. Gerard, ¿no te acuerdas de mí?

El otro la miró fijamente, a través de sus párpados amoratados

—Soy un burro. Tú eres Brenda Lake, la chica que fue a verme momentos antes de que me metieran en una nave hacia Marte. Eso fue hace tres o cuatro años. O una eternidad.

—Sí. Ya entonces, un grupo de amigos y yo estábamos investigando ciertas irregularidades cometidas en determinados juicios contra personas que tenían, como nexo común, contacto con la organización.

Gerard suspiró.

—Recuerdo que me diste alientos, esperanzas. Incluso aseguraste que pronto dejaría Creta II.

—Hicimos todo cuanto estaba en nuestras manos, pero entonces las cosas estaban difíciles. Ahora, todo es distinto. Nuestras comisiones están a punto de desenmascarar a la organización sus planes para hacerse con el control total de toda la energía del sistema solar.

Y Brenda le contó rápidamente lo sucedido y los planes que confiaban llevar a cabo.

Gerard terminó moviendo la cabeza dubitativamente.

—No sé —dijo—. Es muy complicado. Pero sí es cierto que nos has salvado la vida, impidiendo que ese salvaje de Jhon Rhodes nos hubiera puesto sus zarpas encima, gracias. Sin embargo...

—¿Qué?

—Me temo que tendremos problemas. Ese tal Derek...

—Lo sé. Ya Damian me dijo algo al respecto.

—Aún quedan unos días para llegar a Ganimedes, y no creo que, por ahora, intente nada. Pero Derek sabe que él y unos pocos más condenados no son como el resto dé nosotros. No podemos fiarnos de él.

—Estaremos alerta. Ahora, quiero ir al puente. Allí está N-Kuma, un buen tipo, intentando organizar la nave. Tom Hopkins le ayuda, pero no es demasiado eficiente. Tú podrás ser útil.

—De acuerdo —sonrió Gerard—. Te acompaño.

CAPÍTULO VI

La pequeña pantalla de comunicación interior se encendió, apareciendo el rostro de Connors, quien dijo:

—Señor, la comunicación que usted deseaba con la Tierra ha sido establecida. Se la paso.

—Gracias, Connors —respondió Rhodes, impulsando su asiento hasta la pantalla mayor, situada a la derecha.

La imagen no era muy buena, pero los técnicos en comunicación habían hecho un buen trabajo al establecer contacto, en aquellas condiciones tan precarias. Incluso habían usado el acelerador sónico para que las palabras no resultasen tan desincronizadas con los movimientos de la boca, a pesar de la gran distancia.

Un rostro anciano, coronado por una poblada cabellera blanca, le sonrió torvamente desde el cristal.

—Hola, Rhodes. ¿Estás en camino de Ganimedes?

—Sí, señor. El crucero llegó pronto a Creta II. Hemos recuperado mucho tiempo. Brenda Lake y esa partida de cerdos se encontrarán con una desagradable sorpresa cuando desciendan

El viejo ladeó la cabeza.

—Acabo de celebrar una reunión con los demás miembros, Rhodes. Todos estamos muy preocupados. Las presiones iniciadas por esas comisiones, desde todas las naciones, son muy fuertes. No podremos soportar un escándalo. ¿Me entiendes?

—Sí, señor Latimer —respondió Rhodes, torciendo el gesto, sin poder

reprimir el sudor frío que siempre le embargaba cuando se enfrentaba al todopoderoso Latimer—. Estoy seguro de que evitaremos que se conozca en la Tierra todo lo concerniente a Ganimedes.

—Hágalo, Rhodes. Si saltase lo de Ganimedes, nada ni nadie podría impedir que todo el tinglado se derrumbase.

—Lo tengo todo previsto, señor. Este crucero es más veloz que el «Osaka», y está mejor armado que cualquier nave de guerra.

—Está bien. Ya se han cometido demasiados fallos últimamente. ¿Qué pasa con el alcaide?

—No tenemos que preocuparnos de él. Nunca fue de fiar, y no estaba al corriente de nada. Ha pasado a mejor vida, junto con su estúpido secretario.

—¿Y los archivos del penal?

—Todos han sido modificados convenientemente. En Creta II nunca estuvieron esos hombres que se encuentran a bordo del «Osaka».

—Tenemos que atar todos los cabos, por si es inevitable una investigación, promovida por esas comisiones.

La imagen del anciano casi se esfumó por unos segundos. Rhodes estuvo a punto de llamar a los técnicos maldiciéndolos. Pero la reaparición de Latimer le contuvo.

—Esto está a punto de cortarse, Rhodes. No olvide que, para todo el mundo, el «Osaka» nunca llegó a Ganimedes con el material de investigación. Recuérdele Esa nave nunca transportó condenados.

—Sí, señor Latimer. Es lamentable que, por ahora tengamos que detener la explotación minera de Ganimedes...

—No sea idiota, Jhon. Tendremos tiempo de comenzar a sacar esas riquezas que nos pondrán en cabeza del poder energético, en el sistema solar. Podemos esperar unos meses hasta que todo se haya calmado. Entonces sí anunciaremos oficialmente que esas minas pertenecen a nuestras compañías, y emplearemos a verdaderos mineros. Todos los planes pueden cambiarse. Así se demuestra que son buenos, porque resultan flexibles. La rigidez nunca conduce a buenos resultados.

—Todo fue planificado por usted, señor —asintió Rhodes—. Por lo tanto, todo tiene que salir bien.

El viejo emitió una sonrisa. Pareció que iba a añadir algo más, pero la

imagen se fue esfumando hasta desaparecer por completo. Rhodes lanzó un suspiro y se alegró de ello.

Se ponía nervioso cada vez que se enfrentaba a la severa y fría mirada del viejo. Se levantó y salió de su cabina. Pensó que en el puente de mando se sentiría más tranquilo, conversando con el comandante del crucero y Connors.

Connors estaba sentado junto a la entrada del puente, fumando un cigarrillo. Al verle se levantó y preguntó qué tal le había ido la entrevista.

Rhodes soltó un gruñido y se encogió de hombros. Se dirigió hacia el comandante, interesándose por el tiempo que les faltaba para finalizar el viaje.

El comandante estaba demacrado. Habían sido demasiadas horas de guardia allí en el puente, vigilando hasta la sección de menos importancia de la nave, acelerando constantemente y siempre temiendo que todo saltase en mil pedazos, a consecuencia del enorme esfuerzo a que estaba sometiendo el crucero.

—No se preocupe, señor Rhodes. Estamos por delante de lo previsto en el tiempo.

Rhodes asintió y se sentó junto a Connors, a quien dijo en voz queda:

—De todas formas, no nos podemos fiar de la ayuda que esperamos obtener desde la «Osaka», Connors. Latimer está demasiado furioso. No nos perdonará ningún error, ni el más mínimo.

—¿Entonces?

—Si esos tipos no logran sus objetivos en el «Osaka», y salen de él a tiempo... —hizo un gesto de indiferencia—. Allá ellos.

* * *

—Descenderemos dentro de unas quince horas —dijo N-Kuma a Damian, mostrando su blanca dentadura en amplia sonrisa.

Longer se volvió, dejó sobre una consola su tablero con apuntes. Se dirigió hacia Damian, quien le miró. El capitán había aceptado la nueva situación filosóficamente. Accedió a seguir conduciendo la nave hacia su destino, aunque limitándose a corregir ciertas deficiencias y llevar a la práctica las instrucciones del ordenador. Damian sentía por él una especie de simpatía debido a que apreciaba su comportamiento.

De todas formas, siempre tenía a algunos hombres de confianza en el puente, vigilando. Sobre todo, controlaba la sección de comunicaciones desde que, tres días atrás, N-Kuma le había advertido que Derek había estado usando la radio.

Desde entonces, Damian ordenó que nadie se acercase a los comunicadores sin su permiso. Derek acogió aquella orden con una sonrisa irónica, que a N-Kuma no le pasó desapercibida.

El africano advirtió a Damian que Derek debía estar tramando algo. Aparte del asunto de la radio, le había sorprendido en diversas ocasiones conversando en voz baja con sus compañeros, callando siempre que le veían aparecer.

Longer se detuvo delante de Damian y dijo:

—Evitaremos la masa de Júpiter ampliando el arco de penetración en el sistema de lunas. Eso nos proporcionará una ventaja de dos horas. Ya tengo prevista la órbita sobre Ganimedes para descender en el punto previsto. Llegaremos a la base al anochecer del satélite. Como ya debe saber, Damian, las noches en Ganimedes suelen ser muy claras debido a Júpiter. Una noche teñida de rojo intenso.

—He estado varias veces en Ganimedes —sonrió Damian.

—¿Sí? —Longer arrugó el ceño—. ¿Qué era usted antes de...? Bueno, quiero decir...

—Le entiendo. Antes de convertirme en un simple número en Creta II, poseía una compañía de prospecciones mineras. Obtuve una concesión para investigación del sistema joviano. En Ganimedes conseguí buenos resultados. Eso fue hace tres años. Ahora debería estar sacando de las entrañas del satélite tanto material radiactivo que abarataría la energía que se precisa en la Tierra. Pero fui tan tonto y optimista que no calculé los riesgos. Me enfrenté a gente muy poderosa, que se valieron de intrigas para quitarme de en medio —hizo una pausa. Longer le escuchaba con interés. Ya se había asegurado de que Longer era un tipo honrado, no involucrado con las acciones de la organización. Además, no tenía nada que arriesgar, explicándole una pequeña parte de su historia—. Mi socio apareció muerto un día. Las pruebas me acusaban a mí. Perdí la concesión que alguien, mediante soborno, otorgó a un grupo financiero muy interesado en seguir monopolizando el mercado

energético, en evitar la baja de los precios. En Ganimedes existen yacimientos para mil años, con un costo inferior de extracción debido al alto tanto por ciento en la riqueza radiactiva de los minerales.

—Sabía que existían yacimientos, pero no que fueran tan importantes —dijo Longer—. Pero, de todas formas, iban a explotarse, ¿no?

—Sí, desde luego. Pero únicamente a ritmo lento, no descubriendo nunca su verdadero valor. Para todo el mundo sería tan sólo una mina de regulares proporciones y densidad normal, como las existentes en Marte. Nadie sabría nunca el verdadero potencial de los yacimientos.

—Lo que no entiendo es cómo iba a iniciarse la explotación con mano de obra procedente del penal-yacimiento de Creta II. ¿Acaso esa organización no es privada?

—Exacto. Pero ellos quieren obtener grandes ganancias con baja inversión. Además, si contrataban mineros profesionales, además del aumento de gastos en sueldos y mantenimiento, les iba a ser difícil seguir manteniendo en secreto la importancia de los filones. A un minero profesional no se le pueden ocultar muchas cosas. En sus períodos de vacaciones a la Tierra, a Venus o Marte comentarían, extrañados, que en Ganimedes hay tanto mineral radiactivo de tanta riqueza, que no comprendían cómo apenas se sacaba una ínfima parte de sus posibilidades cada día.

—Puede ser eso, sí —asintió Longer, mordiéndose los labios—. Yo nací en una región pobre de la Tierra, Damian. Mis vecinos nunca disfrutaron de las comodidades de la civilización. Emigré y pude abrirme camino duramente. Pero siempre me acuerdo de ellos, de sus precarias condiciones de vida. Desde hace varias décadas, cuando el petróleo dejó de ser abundante en la Tierra, la miseria inundó muchas naciones que otrora fueron esplendorosas. Incluso las más pobres lo fueron más. Si existiese energía abundante y barata, la Tierra sería mejor. Yo...

—Sí, capitán.

—Me ha costado mucho convencerme a mí mismo de que ustedes, la mayoría que estaba conduciendo a Ganimedes, no eran delincuentes. Ahora estoy seguro de que no se les ha hecho justicia. Casi todos son víctimas de esa organización internacional. ¿Es que nunca podrán ser desenmascarados? Siempre han estado explotando las miserias de los pueblos en su provecho.

Creo que ha llegado el momento de que esto termine de una vez. ¿Cómo podríamos hacerlo? Me gustaría ayudar.

—Ya lo está haciendo, capitán —sonrió Damian—. Conduciendo la nave a Ganimedes, nos está ayudando.

—Pero hasta ahora me he devanado los sesos intentando reducirles, devolverles a sus celdas. No, no me importa confesarlo. He pretendido que no se salieran con la suya porque pensaba que no eran más que unos criminales. Cuenten conmigo.

—Estoy seguro de que puedo fiarme de usted, capitán. Repito que, por el momento, nos interesa llegar a Ganimedes.

Longer arrugó el ceño.

—Es que no veo el resultado práctico de ello...

—Pues nosotros tenemos muchas esperanzas en conseguir mucho apoderándonos de la base.

—¿Cómo?

—Desde Ganimedes podremos lanzar emisiones a la Tierra, apenas el satélite salga de detrás de Júpiter. Toda la Tierra sabrá de la rebelión de condenados. Entonces nuestras comisiones, establecidas en todas las naciones de la Tierra, empezarán a trabajar, y los miembros de la organización serán desenmascarados, sus planes puestos al descubierto. A pesar de todo, existen gobiernos honrados, que actuarán contra ellos. Y las naciones débiles formarán una potente fuerza para obligar a que la energía llegue a su alcance, barata.

—Tiene mucha fe en sus amigos, Damian.

—Cuando yo me dedicaba a buscar riquezas por el sistema solar, ya conocía a Brenda Lake íntimamente. Siempre me reí de su afiliación a esas comisiones que para mí sólo eran un montón de idealistas. Pero cuando fui acusado de un homicidio que no cometí, y ellos, con Brenda, al frente, se ofrecieron a ayudarme, sentí vergüenza. Confío, ahora, en poder reparar mi actitud egoísta de entonces.

—De todas formas, será difícil apoderarse de la base.

—Contamos con el factor sorpresa. Nuestros enemigos no han podido advertirles que la nave está en nuestro poder. Hasta dentro de unos días, Ganimedes no estará en condiciones de transmitir o recibir noticias.

—Derek utilizó la radio hace unos días.

—Lo sé. Pero no pudo advertir a Ganimedes.

—Cierto; pero sí pudo avisar a otras personas. ¿Por qué no lo encierra, junto a su partida de asesinos?

—Tal vez debería. Pero él me ayudó a iniciar la revuelta. Además, no tengo pruebas concluyentes. Ya he hablado con él, y ambos llegamos a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Si todo acaba como esperamos, obligaremos a los gobiernos que los condenaron a que los indulten. Diremos que nos ayudaron. Ellos se marcharán por un lado y nosotros nos limitaremos a decirles adiós. No olvide que varios presos comunes murieron en la lucha contra los guardianes en el último nivel. En cierto modo, estamos en deuda con ellos.

Longer se encogió de hombros.

—De todas formas, debemos estar prevenidos contra él.

Damian sonrió.

—No se preocupe. Todos lo estamos. Le ruego que me avise cuando entremos en la órbita de descenso, capitán

—Lo haré, Damian —sonrió Longer, tomando su tablilla y alejándose a revisar los controles servidos por la tripulación.

Entró Gerard en el puente. Tenía ya mejor aspecto. Las heridas estaban cicatrizándose, y los moretones de las mejillas casi habían desaparecido.

—Acabo de terminar, con Hopkins y Brenda, todas las operaciones de desembarco, Damian —le dijo mientras consultaba unos papeles—. Ya hemos elegido los hombres que usarán los trajes de vacío de los guardianes, y harán el papel de éstos. Por supuesto, como irán armados, todos serán de los nuestros. El comité que marchará a presentar la documentación al jefe de la base también está dispuesto. Hubo un problema, de todas formas.

—Me imagino cuál es. ¿Derek?

—Sí. Se ha molestado mucho cuando le dije que él y sus compañeros seguirán representando el papel de condenados. Dice que hablará contigo al respecto.

Damian resopló con fastidio.

—Creo que tendré que admitirle en el comité. Por suerte, el capitán

Longer está de nuestra parte, y su presencia hará más verosímil nuestra actuación.

—¿Estás seguro de que no nos traicionará?

Damian no dudó en responder:

—Respondo de él. Hemos cambiado impresiones, y estoy seguro que colaborará.

—¿Y sus hombres?

—Por el momento, nos basta con Longer. De todas formas, no temo nada de la tripulación. Ellos sólo pretenden salir con vida de esta aventura. Ningún miembro técnico de la nave está relacionado con la organización.

Gerard asintió.

—Entonces, todo está de acuerdo. Será mejor que veas a Derek cuanto antes. Le hallarás en el comedor. Por cierto, olvidaba decirte que Brenda estaba preguntando por ti.

—Iré a verla en seguida.

CAPÍTULO VII

Damian dio la última chupada al cigarrillo, y arrojo la colilla por el sumidero de los desperdicios. Observó, por un instante, a Brenda, que dormía profundamente en la litera cercana a él.

Había terminado de redactar un borrador de lo que podía ser el primero de los mensajes que tenía en proyecto radiar a la Tierra desde Ganimedes, utilizando la potente emisora de la base. Se lo enseñaría a Brenda apenas despertase.

Miró su reloj. Ya casi debería despertarla. Apenas fallaban dos horas para descender en el campo de aterrizaje de la base, En aquellos momentos, los hombres estarían preparándose, ultimando los preparativos.

Al final había hablado con Derek acerca de la distribución de puestos. Sorprendentemente, Derek no insistió en integrarse en el grupo de hombres que asumirían los papeles de guardianes. Tampoco aceptó formar parte de la comisión que previamente al desembarco de prisioneros establecería contacto con los mandos de la base. Sonriendo ampliamente, Derek había dicho que él y sus compañeros tenían demasiada catadura de delincuentes, y estarían más ajustados formando con el numeroso grupo que tenían que seguir actuando como condenados hasta el instante en que fuesen dueños de la situación.

Aquel cambio de actitud, en lugar de alegrarle, le preocupó. ¿Qué había ocurrido para que Derek cambiase de pensamiento? Gerard le había asegurado que Derek estaba furioso momentos antes, ante la distribución de cometidos que había confeccionado, con la ayuda de Hopkins y Brenda.

Después de su conversación con Derek, Damian había pedido a Tom

que se convirtiese en la sombra de aquel hombre, y que otros se encargasen de seguir los pasos de los demás delincuentes comunes.

Se levantó y zarandeó a Brenda, llamándola insistentemente. La muchacha gimió, se revolvió y al final abrió los ojos, sonriéndole.

—Es la hora, preciosa. Estamos entrando en órbita. Debes vestirte e ir al puente. Ya sabes que tú eres de los que formarán el grupo que vigilarán la nave.

—No me gusta eso —protestó Brenda.

—No había ninguna mujer a bordo de la nave —rió Damian—. Y nadie en Ganimedes debe saberlo. Ya sabes que quiero apoderarme de la base sin muertes. Ha habido demasiados cadáveres ya.

Damian tomó la pistola y se sujetó la funda al cinturón. Hizo una señal de despedida a Brenda con la mano, mientras salía y ella ya se estaba incorporando.

—Nos veremos en el puente.

En el pasillo escuchó el zumbido del comunicador mural. Se acercó a él para mover el conmutador, ya que los destellos formaron la clave establecida por él con sus más íntimos colaboradores.

—Soy Damian. ¿Quién es?

Primero escuchó un quejido. Luego, la voz entrecortada de Tom Hopkins le dijo:

—Ha sido abajo, en los alerones de babor. Estoy aquí.

Damian se puso tenso.

—¿Qué ha pasado?

Es Derek. Le seguí. Se reunió con sus compinches en el último nivel. Intentaron liberar a los guardianes, pero les corté la entrada, y escaparon a este Lado. Tomé un atajo, y ahora están intentando entrar en el hangar.

—¿Qué intentan hacer allí?

—¿No lo adivinas? ¡Huir!

Damian quedóse perplejo.

—No lo entiendo; pero voy en seguida para allá. Iremos todos los que estemos armados en estos momentos. ¿Qué tal estás tú?

—Me dieron en un brazo, y está condenada sangre no deja de escapárseme. Date prisa.

Damian cerró la comunicación con Hopkins, y llamó a Gerard. Le dijo que acudiese al lateral de los hangares. No se entretuvo en darle más explicaciones. Tan sólo sugirió la posibilidad de que Derek intentase escapar en una de las dos pequeñas naves salvavidas. El «Osaka» poseía dos, cada una situada en los laterales.

Mientras corría hacia el ascensor, Damian se dijo que posiblemente el otro bote salvavidas podía ya estar inutilizado por Derek.

Los cinco minutos que necesitó para llegar a las cercanías del hangar los usó en formularse diversas hipótesis acerca de las intenciones de Derek. Indudablemente, pretendía llegar a Ganimedes por su cuenta. Con el bote podía hacerlo mucho antes que la nave, ya que era más maniobrable. ¿Qué pretendía?

Desenfundó la pistola, y se detuvo a pocos metros del pasillo que conducía a la compuerta del hangar. Atisbo con precaución, y descubrió Un cuerpo a unos cinco metros de él. Lo reconoció como uno de los amigos de Derek. Tom debió matarlo mientras intentaba alcanzar el hangar donde se había hecho fuerte, impidiendo la entrada a Derek y los demás.

Escuchó tres secos estampidos, y en seguida otros dos más sordos. ¿Tom, contestando al fuego de Derek? Tom nunca se había distinguido por su valentía y decisión, pero, en cambio, en aquel instante estaba evitando, tal vez, un desastre para los condenados y la misión en que todos estaban implicados.

Calculó que Gerard aún podía tardar unos minutos en llegar con los refuerzos. Podía ser demasiado tiempo. Tom quizá no lograse resistir tanto, estando herido además.

Apretó los labios y saltó hasta el otro lado del pasillo. Durante el instante que usó para cruzarlo, pudo hacerse con una idea de lo que estaba pasando delante de la compuerta del hangar. Allí estaba Derek, con once de sus hombres. Eran todos los condenados comunes que existían en la nave, después de la dura batalla ocurrida días antes, en el nivel inferior, contra los guardianes.

Aún no le habían visto, y Damian pensó que podía aprovecharse de tal circunstancia. Volvió a asomarse, y entonces uno de los hombres de Derek se volvió y le descubrió. Aún estaba gritando el hombre para advertir a sus

compañeros de la presencia de Damian, cuando éste apuntó y apretó el gatillo.

El láser barrió el pasillo en abanico, alcanzando a cuatro hombres, destrozándolos. Antes de volver a refugiarse en el recodo, Damian estaba seguro de que había conseguido herir a tres más.

Inmediatamente tuvo que apartarse de la pared. El grueso panel de acero casi resultó perforado por las andanadas que le dirigieron. El calor a su alrededor se hizo agobiante.

—Derek —gritó Damian, aprovechando que dejaron de dispararle—. Estás perdido. No conseguirás huir en el bote. Será mejor que te rindas.

Una nueva descarga puso el panel al rojo vivo. Luego, la voz ronca de Derek le respondió:

—Estás loco, amigo. No somos tan tontos. Vosotros sois los que os veréis en un aprieto si no nos dejáis salir de aquí.

—¿Qué pretendes?

—Eso no te importa.

—Creí que estabas de nuestra parte.

—No soy tan tonto, Dam. Mis amigos y yo llegamos a la conclusión de que si esto acaba, sea cual sea el resultado, no habrá liberación para nosotros. Nos hemos dado cuenta de muchas cosas. Somos delincuentes, asesinos. Si hubieseis logrado vuestros propósitos, hubiéramos vuelto a las minas. También habríamos perdido la vida si vuestros proyectos hubieran fracasado. Por lo tanto, hemos decidido jugar nuestras bazas.

Damian empezó a calcular muchos detalles, recogidos los días anteriores.

—Entiendo —dijo—. Os habéis puesto de acuerdo con nuestros enemigos. ¿Qué os han propuesto?

—Eso no lo sabrás nunca. Al menos, claro, que nos dejes escapar.

—No te entiendo...

—Apenas nos hayamos alejado unos kilómetros de la nave, te diré cómo podéis salvaros aún.

—¿Por qué no ahora?

Escuchó una carcajada.

—No puedo, decirte más. ¿Aceptas? El tiempo corre y, dentro de muy poco, será inútil.

—¿Cómo puedo fiarme de ti? Una vez en el exterior, te reirías de mí.

—No tienes otra alternativa. Sé que pronto vendrán más hombres armados. Tienes que decidirte ahora. Dispones de tres segundos.

Damian se mordió los labios. No podía adivinar los planes de Derek, y si éste decía verdad. De lo que estaba seguro es que algo había estado tramando durante los días anteriores.

Gerard aún tardaría demasiado tiempo en llegar.

Volvieron a sonar los trallazos del láser. Damian se encogió detrás del panel, pero en seguida comprendió que los disparos no iban dirigidos contra él. Entonces actuó impulsado por un presentimiento, y salió del parapeto.

Tom estaba asomado en la compuerta del hangar, disparando sin cesar, sujetando con las dos manos el arma. Varios hombres de Derek rodaban por el suelo, pero otros se habían vuelto para hacer frente al ataque de Tom.

Damian, mientras levantaba su pistola, vio que Tom caía, alcanzado por varios disparos, que le produjeron profundas heridas en el tórax y cabeza. El mutilado cuerpo resbaló por el acero de la pared, dejando un enorme rastro de sangre.

Furioso, Damian arremetió contra los supervivientes del grupo de Derek. Disparó casi ciego, buscando los bultos que se movían al otro lado de una cortina rojiza

Cuando descubrió a Derek, recobró la lucidez por unos segundos, lo que evitó rematase al cabecilla de la partida, quien, arrodillado, le miraba, horrorizado, mientras se sujetaba el brazo herido.

En aquel momento llegaron corriendo varios hombres, con Gerard al frente.

—Dios mío —susurró Gerard—. ¿Qué ha pasado aquí?

Jadeante, Damian indicó a Derek, diciendo luego entrecortadamente :

—Llevaos a este cerdo de mi vista cuanto antes.

—¿Qué hacemos con él?

Damian estuvo a punto de exclamar que lo arrojasen por la escotilla de los desperdicios para que su cuerpo fuese consumido por la pila atómica. Pero jadeó de nuevo, recobró aire para sus pulmones y dijo:

—Que lo curen en la enfermería. Y que lo retengan allí hasta que yo vaya.

Ayudaron a Derek a incorporarse, quien, al pasar delante de Damian, maldijo sus antepasados y añadió:

—Nos veremos en el infierno, Damian. Yo desapareceré de este mundo contento sabiendo que me acompañarás.

—Eso lo veremos —sonrió Damian—. Tengo medios para hacerte hablar.

—No me conoces. No tienes tiempo para torturarme.

—No pienso hacerlo. ¡Lleváoslo!

Arrastraron a Derek por el pasillo. Durante unos instantes, escucharon sus maldiciones. Gerard siguió a Damian hasta la entrada del hangar. Ambos torcieron el gesto ante lo irreconocible que estaba lo que quedaba de Tom.

—Nunca le gustó la violencia —murmuró Damian—. Le estimaba, aunque no confiaba en él para trabajos en los cuales se necesitaba valor; me equivoqué. Murió como un valiente, defendiéndonos. Tal vez lo que consigamos en el futuro se lo debamos a él, al impedir que Derek escapase.

—Sólo Derek ha salido con vida de esta matanza —dijo Gerard moviendo la cabeza, aún impresionado ante la visión de los muertos y la sangre esparcida por el pasillo—, ¿Qué esperas conseguir de Derek?

—Hacerle hablar, que nos diga lo que ha hecho y qué pretendía al querer huir.

—¿Las drogas?

—Sí. Aunque le cortásemos a pedazos, no hablaría. Sólo saturándole de drogas, conseguiremos anular su voluntad.

Gerard arrugó el ceño.

—El uso de las drogas es lento. ¿Por eso quieres emplear dosis mayores, aunque le destroce luego el cerebro?

Ese tipo no se merece otra cosa. Además, está la suerte de cerca de doscientos hombres. La elección no es dudosa. Tal vez convertido en un vegetal, Derek no sea una amenaza para los hombres honrados.

Dejaron a los hombres encargados de la desagradable tarea de limpiar de restos humanos el pasillo. Damian les rogó que no mezclasen a Tom con los demás, antes de arrojarlos al espacio.

—Tenemos poco tiempo —dijo luego Damian, mientras se dirigía con Gerard hacia la enfermería—. Esta nave está a punto de entrar en contacto con

Ganimedes, y mucho antes necesitamos saber lo que pretendía: hacer Derek. Me temo que nos hayan preparado una trampa.

En la enfermería estaban Brenda, Longer y N-Kuma. Todos conocían ya la noticia de la muerte de Tom, y se hallaban consternados. Longer tenía prisa por terminar de enterarse de todo.

—Es preciso que regrese cuanto antes al puente. Aunque el descenso está programado, siempre es conveniente vigilar registros y datos —añadió nerviosamente.

—Será cuestión de pocos minutos —respondió Damian dirigiéndose hacia Derek.

El médico de a bordo le había atajado la hemorragia y dos hombres armados le sujetaban en aquel instante sobre la mesa de operaciones. Damian les observe cómo procuraban no dañarle el brazo herido.

—Están teniendo contigo demasiadas consideraciones, Derek escupió tomando de encima de una mesa unas cápsulas que Gerard había sacado de un armario. Las mezcló y llenó con el resultado un inyector a presión, intravenoso.

Derek miró lo que Damian estaba haciendo con visible temor. Sus ojos indicaron que en seguida adivinó lo que pretendían hacer con él, y comenzó a gritar. Damian hizo una indicación a Brenda para que le hiciera callar. La mujer le puso una cinta en la boca.

Con gestos rápidos, Damian inyectó en el brazo de Derek la dosis. El hombre dejó de debatirse, y miró con furia a los que le rodeaban, expectantes.

Damian encendió un cigarrillo. Consultó su reloj y fumó, nervioso, sin apartar la mirada de Derek. Cuando este comenzó a entornar los ojos, se le acercó y dijo:

—Ahora me dirás todo lo que querías hacer, Derek ¿Hablaste con alguien? ¿Qué instrucciones te dieron? ¿Que nos espera en Ganimedes?

—Por favor, Damian —protestó Brenda—, La droga apenas le está haciendo efecto. Un esfuerzo, y la destrucción de sus células cerebrales puede precipitarse.

—Tiene que hablar pronto, cuanto antes. Nos va en ello nuestras vidas —jadeó Damian—, Vamos, Derek ¿cuáles son los planes?

* * *

—La nave está a punto de descender, señor —informó el hombre.

Jhon Rhodes se rascó la barbilla nerviosamente. Estaba sentado delante del gran ventanal situado en lo alto de la torre de hormigón, desde el cual se contemplaba totalmente la pista de aterrizaje. Detrás suyo estaba Connors, esperando las inminentes órdenes de Rhodes.

Connors vestía el traje de vacío, y sostenía bajo el brazo derecho el casco de vidrio plástico. Junto a él descansaba el enorme láser. Cien hombres armados esperaban, en los sótanos del edificio, el aviso para actuar.

—La nave, con Derek, salió apenas hace unos minutos —masculló Rhodes—, Se retrasaron demasiado. —Se volvió hacia la media docena de hombres sentados frente a los detectores, espetándoles—: ¿Es que todavía no han conseguido localizar el bote salvavidas?

—Lo tengo en mi pantalla de radar, señor —contesto uno de ellos—. Ha surgido apenas hace unos segundos de detrás de los montes situados a nuestras espaldas. Vuela muy bajo. Su dirección es correcta ahora. Descenderá en unos segundos.

Rhodes resopló, más tranquilo.

—Bien. Que entre Derek apenas aterrice.

—¿Para qué lo necesitamos ya, señor? —inquirió socarronamente Connors—. Usted le prometió demasiado a cambio de su ayuda a bordo de la «Osaka».

Rhodes se volvió levemente hacia Connors, sonriendo.

__Quiero que me explique algunos detalles de lo sucedido en esa nave. Luego será uno de los primeros mineros en estos yacimientos. Por supuesto, Latimer no aprobaría que dejara en libertad a esos delincuentes Necesitamos mano de obra.

—El señor Latimer está muy nervioso, según veo.

Rhodes arrugó el ceño. No era partidario de cambiar impresiones con sus subordinados, pero en aquel momento tenía la imperiosa necesidad de hablar con alguien.

—No es para menos. Todo puede venirse abajo. Latimer se dirige hacia aquí personalmente con un grupo de la organización. Llegará dentro de dos o

tres días, Según parece, él quiere decidir por sí mismo quiénes deberán morir entre los condenados y quiénes aún pueden vivir algún tiempo a cambio de iniciar los trabajos en los yacimientos.

Un operador alzó la mano y gritó:

—El bote acaba de descender, señor. Vienen dos hombres. Los encargados de recibirlos están común cando a Derek que suba a la torre. El resto esperar abajo, señor Rhodes.

—Perfecto. Quiero tener a mi lado a Derek cuando tengamos bajo nuestras armas a la «Osaka». Aún nos puede servir de mucho. ¿Cuánto tiempo es el reglamentario que debe transcurrir para que una nave no pueda abrir su compuerta?

El jefe de la base, un oriental pequeño y de rostro estático, respondió:

Quince minutos. Los motores deberán pararse totalmente. Los equipos del campo deberán limpiar de restos de radiaciones las pistas, y acercar a la base de la nave los vehículos transbordadores.

Rhodes le observó un instante. Aquel tipo se llamaba Tao-Ki, y tenía amplias referencias de él. Hacía unos años dirigió una fábrica en una isla de la Polinesia y tuvo que escapar de la ley a consecuencia de los malos tratos que proporcionaba a los trabajadores. Los dirigentes de la organización lo contrataron para la jefatura de la base en Ganimedes, después de llegar a la conclusión de que allí era preciso un hombre fuerte, sin escrúpulos, para gobernar un puñado de condenados llenos de desesperación.

Con Tao-Ki al frente, las instalaciones mineras funcionarían debidamente. Rhodes suspiró. Lástima que en Creta II no hubieran tenido otro jefe de iguales condiciones que el oriental, que no hubiera permitido aquel cumulo de desastres, como hizo Horker.

—¡Desciende la «Osaka»! —gritó el controlador.

Rhodes se agitó, nervioso. Miró hacia arriba a través de la cúpula. En seguida descubrió un fuego blanco que caía del estrellado vacío que circundaba Ganimedes.

Lentamente, venciendo con facilidad la escasa gravedad del satélite, la nave descendió sobre la vertical del campo de hormigón. La ignición de sus toberas decreció cuando los sustentadores empezaron a tomar contacto. Durante unos segundos, se contrajeron. De haber existido atmósfera, se

hubiera escuchando un prolongado chirrido, procedente del sistema hidráulico.

Pero en el vacío de Ganimedes todo resultaba silencioso. Incluso las llamas de los tubos se consumían rápidamente, al agotar el oxígeno inyectado en las toberas

Unos instantes después, la «Osaka» terminó de alzarse un par de metros sobre sus aletas sustentadoras, y quedóse quieta.

Rhodes expulsó el aire que, durante el corto espacio que duró la operación, contuvo en sus pulmones.

Escuchó unos pesados pasos a su espalda, y se volvió para mirar. Un hombre vestido con el traje de vacio estaba terminando de subir por la escalera metálica en espiral. Se estaba quitando el casco de fibra de vidrio.

Hola, señor. ¿Es usted Jhon Rhodes? —inquirió e recién llegado, mientras seguía haciendo soltar los seguros del casco atornillado al cuello.

¿Derek? —Rhodes no esperó una contestación afirmativa. Nerviosamente, añadió—: Supongo que no me habrás fallado. Ahora es preciso que todos esos cochinos rebeldes que están dentro de la nave se rindan cuando se den cuenta de que no pueden volver a elevarse para escapar.

Derek se sacó el casco, y Rhodes torció el gesto a observar que la cara que surgía estaba sucia, con poblada barba de muchos días. Los abundantes pelos revueltos caían sobre la frente, hasta casi los ojos.

No se preocupe, señor Rhodes —asintió la figura hundiendo la barbilla aún más dentro del anillo metálico que era el cuello donde se apoyaba el casco de vidrio—. No podrán averiguar dónde está la avena que les impedirá escapar. Lo preparé todo de forma que cuando apaguen los motores, no podrán volver a encenderlos, si antes no vuelven a conectar los circuitos que usted me ordenó, por radio, que inutilizara.

Rhodes asintió. Hizo girar el sillón para volver mirar hacia la nave, volcando sobre esta toda su atención. Tao-Ki se había acercado, como intuyendo que iba a hablarle.

—Quiero comunicación con la «Osaka» —dijo Rhodes a Tao-Ki—, Y que todas las piezas estén dispuestas disparar contra la nave. Lo harán cuando yo lo ordene 5>i es posible, salvaremos esa nave.

—Tenía entendido que usted respetaría la vida de mis antiguos

compañeros de prisión, señor —escuchó decir a su espalda.

—¿Acaso tiene ahora remordimientos, Derek? —espeto Rhodes, molesto por la interrupción.

—Ninguna; pero usted me prometió un puesto de capataz. Quiero que muchos de esos tipos que están en la «Osaka» me paguen algunas deudas.

Esa nave cuesta muchos millones. Mi único interés es por ella, porque pertenece a la organización, pero si no hay otra alternativa la destruiré. Bastarán unos pocos disparos para convertirla en un colador. Todos morirán asfixiados en unos segundos.

Tao-Ki pasó junto a Derek, mirándole ceñudamente Entrego a Rhodes un micrófono, diciendo que podía hablar. En la «Osaka» estaban a la escucha.

Rhodes tomó el micrófono, y pensó que aquél era un gran momento para él, sin duda.

Escuchen. Les habla Jhon Rhodes. Es posible que mi nombre sea conocido por casi todos los que están a bordo. Comprenderán por qué estoy aquí, en Ganimedes, esperándoos. Tienen diez segundos para rendirse, entregarán las armas a los guardianes que aún viven y mantienen prisioneros. Conozco todo lo que ha pasado a bordo.

Hizo una leve pausa y continuó:

—Los guardianes deberán subir al puente de mando y escuchar mis instrucciones, que serán muy simples. Todos los rebeldes deberán dejarse desarmar y encerrar en los lugares que no debieron abandonar.

«Puedo añadir que es inútil que piensen en escapar. Derek y un grupo de sus compañeros, por órdenes mías inutilizaron el sistema de despegue. Si antes del plazo previsto no se han rendido, comenzaremos a disparar

Y les garantizo que no es agradable morir por asfixia y descompresión. Aquellos que consigan alcanzar un traje de vacío solo lograran alargar un poco su agonía puesto que seré implacable con los supervivientes. Incluso desearán haber muerto durante el primer ataque, ya que les tengo reservada una suerte peor.

La respuesta tardó en producirse. Rhodes no cesaba de sonreír, hasta que le llegó la voz procedente de la nave, escueta:

—Durante diez segundos estaremos maldiciendo a la cerda que te parió.

CAPÍTULO VIII

—Eso no ha resultado muy educado, N-Kuma —sonrió Brenda al reprenderle.

El negro soltó una fuerte risotada, volviendo a tomar el micrófono para añadir:

—Escucha, Rhodes. Te aconsejo que no te pongas nervioso y ordenes abrir fuego contra nosotros. Sería el final para ti y todos los puercos que te acompañan.

—¿Es que os habéis vuelto locos? —escucharon gritar a Rhodes.

—De ninguna forma. Estamos muy cuerdos todos. Resulta que detectamos a tiempo la avería que produjo Derek en nuestros sistemas conductores. Fueron reparados los desperfectos una hora antes de descender, cuando conseguimos que hablara.

—¿Quién habló?

—Oh, deja eso ahora. Pero es que no sólo reparamos la avería, sino que aún tuvimos tiempo para disponer nuestra pila atómica de forma que una ligera sobrecarga térmica sobre el fuselaje la ponga en actividad crítica. ¿Sabes lo que quiero decir?

Brenda tomó el micrófono de manos de N-Kuma y dijo:

—Si estás tan impresionado que tu cerebro no funciona, te amplío la noticia para informarte que todo saldrá disparado al espacio en un radio de treinta kilómetros, lo que incluye la torre de control y todas las instalaciones de la base.

—Eso... Eso es imposible —jadeó Rhodes.

—¿Imposible? De ninguna manera, amigo —rió Brenda—. Desde hace media hora la pila está sobrecargándose..., sin barras de carbón que controlen el proceso. Así puede aguantar hasta una hora. Si antes de ese tiempo no la desactivamos, nada ni nadie podrá detener la explosión. Pero actualmente ya dispone de suficiente potencia para convertirse en una bomba de muchos megatones.

—¿Cómo ha sucedido eso? —inquirió Rhodes—. Derek no ha podido contaros nada porque está conmigo. Consiguió escaparse y...

Brenda frunció el ceño al cortarse la comunicación. Rhodes podía haber soltado el micrófono o algo había empezado a suceder dentro de la torre de control.

Se volvió hacia Gerard, que aguardaba junto a la salida del puente de mando, embutido en un pesado traje de vacío, con el fusil de rayos láser sostenido con ambas manos.

—Ya debes desembarcar, Gerard. Suerte —dijo Brenda.

Gerard sonrió detrás del opaco cristal que llegaba hasta la altura de sus labios. Hizo un gesto, y se precipitó al ascensor que le esperaba con las puertas abiertas al otro lado del pasillo.

Brenda musitó:

—Hasta ahora, hemos podido controlar los acontecimientos. Todo depende ya de cada uno, de Damian, de todos.

* * *

Rhodes dejó caer el micrófono y saltó del sillón, tirándolo al suelo violentamente. Su gesto nervioso fue contenido por la negra boca del cañón del láser que empuñaba el hombre vestido con el traje de vacío.

Detrás de la espesa y artificial barba, moviendo e rostro para formar una amplia sonrisa, Damian dijo —Atrás, puerco —retrocedió un paso y, con la otra mano, indicó a todos cuantos estaban en la torre— Sé que no puedo mataros a todos, pero no dispararé contra ninguno en particular, sino contra la cúpula. Puedo daros la misma muerte que vosotros pensabais usar contra mis compañeros. ¿Decías que no es agradable morir en un vacío como el de Ganimedes, Rhodes, sin una partícula de aire, y helado?

—¿Quién eres tú?

—Damian, un ex condenado en Creta II. ¿No fue por mí por quien llegaste a Marte, con el propósito de quitarme de en medio, junto con otros muchos inocentes allí confinados?

—¿Qué pasó con Derek?

—Fue descubierto por uno de mis compañeros cuando intentaba escapar en compañía de su banda. Cantó todo cuanto sabía, después de saturarle el organismo con drogas. Ahora es un vegetal humano, pero creo que aún recibió poco castigo por lo que hizo. Derek no estaba seguro de sacar una buena tajada de nuestra revuelta, ni tampoco quería involucrarse en un asunto que no le concernía. Por eso, aprovechando un descuido en el puente de mando, se puso en contacto contigo, cuando nos seguías a corta distancia, en una nave más veloz, que te podía traer hasta Ganimedes un día antes que nosotros. Prometiste a Derek el indulto y un buen puesto en estas minas a cambio de traicionarnos.

—Debí suponer que ese idiota me fallaría.

—No lo creas. Le hubiera salido bien el trabajo. Fue descubierto por un corto espacio de tiempo. Ya has escuchado lo que queremos. Si no nos entregáis la base, dejaremos que la «Osaka» lo barra todo.

—No creo que seáis tan estúpidos. No tenéis tan alto espíritu...

—No se trata de idealismos, sino de sentido común. Sabemos que, si dejamos que nos pongáis las manos encima, saldremos peor librados.

—¿Y nosotros? ¿Qué garantías tenemos de que seréis imparciales y nos trataréis humanamente?

Damian soltó una risa sardónica.

—Es divertido escucharte decir eso. Jhon Rhodes exigiendo que se le trate como un ser humano Pero no te preocupes. No queremos hacer daño a nadie más. No nos conviene pasar como unos asesinos, cuando intentamos que la opinión de toda la Tierra sepa lo que está tratando de hacer la organización.

—¿Seguro que no nos mataréis? —preguntó Rhodes, mientras miraba de soslayo a Tao-Ki.

El oriental permanecía quieto como una estatua, con sus diminutos ojos fijos en Damian. Rhodes conocía las habilidades de Tao-Ki, y esperaba que

éste actuase de un momento a otro, con la velocidad del rayo.

Damian indicó al otro lado de la ventana, hacia donde estaba posada la nave. La compuerta interior se había abierto, y por ella estaban saliendo hombres, con escafandras de vacío, y armados.

Una voz tronó por un intercomunicador:

—Señor Rhodes, aquí Connors. ¿Qué esperamos para detenerlos? Los tenemos bajo nuestras armas.

Rhodes se mordió los labios. Connors estaba con el centenar de hombres en la planta baja de la torre, observando, inquieto, cómo los condenados salían de la nave, y él no se decidía a dar la orden de ataque. Seguramente, Connors estaría pensando que algo raro estaba sucediendo arriba, desde que aquellos tipos llegaron con el bote salvavidas, y él bajó a tomar el mando del grupo.

Sigilosamente, en la torre, habían entrado los once miembros restantes de la supuesta banda de Derek. Se esparcieron por la estancia, con sus armas apuntando a los controladores y servidores. Uno de ellos tomó el Casco de Damian y se lo ajustó.

En aquel momento, Tao-Ki lanzó un grito agudo y saltó hacia Damian. Rhodes pensó, en una milésima de segundo, que el oriental se había demorado demasiado. Ahora Damian estaba acompañado, pero mientras Tao-Ki volaba materialmente por el aire, con las piernas dirigidas hacia el pecho de Damian, aún tuvo esperanzas de poder dominar la situación.

Damian apenas vio acercarse las piernas demoledoras de Tao-Ki ir hacia él. El hombre que le había colocado el casco se movió al escuchar el grito, y fue quien recibió el golpe.

El desdichado cayó con los pies hundidos en el pecho. Tao-Ki rodó por el suelo un par de metros hasta que se incorporó de nuevo de forma sorprendente. Buscó a Damian y se preparó para un nuevo salto. Sus ojos brillaban, furiosos, por haber fracasado en su primer ataque.

—¡Se están acercando demasiado esos hombres, señor Rhodes! —tronó la voz de Connors en medio de la confusión.

—¡Ataca! —contestó Rhodes, mientras se agachaba, buscando la protección de una consola de acero, y tomaba su arma.

Tao-Ki golpeó con la rodilla a Damian, pero éste consiguió esquivarle,

aunque cayendo al suelo. Desde allí alzó el rifle y efectuó un prolongado disparo, que rajó al oriental desde el cuello hasta la cintura.

Los hombres de Rhodes empezaron a correr hacia sus armas. Desde su parapeto, Rhodes comenzó a disparar, alcanzando a un presidiario. Damian le contestó, y destrozó media consola. Pero parte de su disparo se estrelló contra la cúpula, produciendo un agujero de unos veinte centímetros de diámetro, por el que empezó a escaparse el aire.

Rhodes aulló, pidiendo que se sellase la abertura. Pero ninguno de sus hombres pareció escucharle. Todos corrían por las diversas salidas de la torre hacia los pisos inferiores. Se escucharon los secos sonidos de las compuertas al cerrarse herméticamente.

Damian retrocedió, huyendo de la línea de tiro de Rhodes. Indicó a sus hombres que protegiesen la escalera por la que habían subido. Por un instante tuvo ocasión de mirar hacia el exterior. Los hombres que estaban saliendo de la nave habían alcanzado los edificios y cuando Connors empezó a atacar, ya estaban a cubierto. No había peligro que los cañones disparasen contra la nave porque eran automáticos, y sólo Rhodes podía accionarlos desde allí.

Y Rhodes estaba demasiado ocupado colocándose un traje de vacío. El silbido del aire, al escaparse, era cada vez más intenso.

Damian empezó a empujar a sus hombres por las escaleras, diciéndoles que la cúpula podía estallar en cualquier momento. Se volvió y descubrió que Rhodes tenía dificultades con su casco, mirando continuamente la abertura que, a cada instante, aumentaba de tamaño.

A su lado estaba el cadáver del condenado que Tao-Ki había matado en su lugar. Damian se agachó y le tomó el casco, murmurando que ya no iba a necesitarlo. El aire debía ser escaso ya dentro de la cúpula, puesto que Rhodes rodaba por el suelo con el rostro enrojecido, y sin fuerzas para sujetarse el casco, el cual había terminado de averiar en los anclajes.

Damian desarmó a Rhodes, y le puso el casco del muerto. Luego lo arrastró hacia la salida. Unas manos, desde el interior, agarraron a Rhodes y tiraron de él.

En aquel preciso instante la cúpula saltó en mil pedazos, y la succión del resto del aire, al expandirse por el vacío, obligó a Damian a sujetarse a los hierros de la baranda.

Quince segundos duró el vendaval. Un hombre le agarró por los hombros, y haló hacia el túnel de la escalera metálica. El resto de su grupo se estaba reagrupando en el piso inferior. Escuchó sobre su cabeza el seco golpe de la compuerta al cerrarse y el zumbido del aire al ser inyectado, restableciéndose la presión.

Alguien se acercó a Damian y le comunicó que los que habían logrado salvarse de la cúpula estaban detenidos a mitad de la torre. Desde abajo los hombres de Connors estaban intentando subir, hostigados desde el exterior por el grupo de Gerard.

—Deben querer llegar hasta los mandos y accionar los proyectiles que están apuntando a la nave —masculló Damian—. ¿Qué otras entradas existen?

—Dos más —le contestó el hombre—. Por ellas huyeron los operadores. Como apenas están armados, no quieren verse comprometidos, por el momento, en la lucha. Me parece que están demasiado asustados.

Damian rió.

—Todos estamos asustados, ¿no? —se volvió, buscando a alguien y, cuando lo halló, le indicó que preparase las cargas—. Cuando se active la bomba, tendremos unos diez minutos para alejarnos de aquí. La carga no es muy potente, y se limitará a arrasar lo que resta de cúpula.

—¿Por qué no subimos y desconectamos el disparador?

—Los minutos que estuve arriba no pude descubrir dónde estaba. Casi todo ha quedado destruido, pero no podemos correr el riesgo. Debemos asegurarnos volándolo todo. Aún puede estar incólume el disparador.

Apremió al hombre que colocó bajo la escotilla la carga, asegurándola con imanes. Cuando éste bajó del tramo, alzando el pulgar en señal de que todo estaba correcto, Damian dijo a sus hombres que le siguieran.

La presión había vuelto a restablecerse en la torre, pero, en cualquier momento, ésta podía volver a escaparse, por lo que recomendó que se mantuviesen cerradas las escafandras. Dejó que dos hombres se situasen al final, cargando al desvanecido Jhon Rhodes.

Damian se puso en cabeza, y se dirigió hacia la siguiente escalera. Bajó con cautela y se halló en una sala de repuestos. Estaba vacía. En un rincón comenzaba una escalera de hormigón y acero, amplia, que descendía en una

pronunciada curva. Por los auriculares captó ruidos procedentes de abajo. Las pesadas botas de los trajes de presión resonaban sobre el metálico pavimento.

Se agazaparon alrededor de la escalera, apuntando hacia abajo. Apenas aparecieron los primeros guardianes, con sus trajes de vacío de brillante color rojo, empezaron a disparar.

Aquellos hombres debieron pensar que el grupo que había atacado la cúpula, destruyéndola, aún no podía estar reorganizado, y habían estado ascendiendo por los distintos pisos de la torre, muy confiados. Varios de ellos cayeron bajo los mortales rayos láser, y el resto se replegó.

Damian alzó la mirada hacia el techo. A menos de cinco metros sobre sus cabezas, se produciría una terrorífica explosión en menos de siete minutos. No estaba seguro de si en aquel lugar se encontraban a salvo.

—No podemos permanecer aquí. Es peligroso. Bajemos.

Descendió el primero por los escalones, disparando su láser ininterrumpidamente. Cuando alcanzó el suelo, aún pudo ver cómo varios trajes rojos se escapaban por una puerta lateral. Calculó que ya sólo quedaban dos pisos para alcanzar el nivel bajo, en donde el grueso de la tropa de Connors debía estar haciendo frente a los hombres de Gerard.

Pensó en la posibilidad de solicitar a Connors que se rindiesen. Dudó que lo hiciera. Connors era un tipo testarudo, que en Creta II siempre evidenció su crueldad. Tal vez temiese que se vengasen en él si deponía las armas, obligando a sus hombres a morir antes de rendirse.

Se asomó a la puerta y no vio a nadie. Los atacantes debieron asustarse, y estaban regresando con sus compañeros a toda prisa.

Alzó la mano para indicar a sus hombres que el camino estaba libre de obstáculos. Apenas habían alcanzado el siguiente nivel, cuando toda la torre sufrió una conmoción. La ausencia de aire en la cúpula no hizo que la expansión fuese demasiado grande, pero el nuevo huracán que se produjo los derribó a todos. Las compuertas debieron saltar a causa del estallido. Si en la torre permanecían más personas sin trajes de vacío, encontrarían una muerte terrible.

—Aprovechemos estos momentos —gritó Damian corriendo otra vez hacia abajo—. Nuestros enemigos necesitarán algún tiempo para adivinar lo que ha pasado.

Con precaución entraron en el último nivel. La succión del aire había producido allí un caos mucho más intenso que arriba. Había muchos cuerpos tirados en los rincones, contusionados. La gran puerta externa había saltado hacia afuera y arrojado a varios hombres.

Connors había situado a varios defensores en el exterior, y se había encerrado allí, conservando el aire y la presión, aunque sin dejar que sus hombres se despojaran de los trajes de vacío. Tal vez cuando se produjo la explosión en la cúpula, estaba pensando realizar un masivo ataque contra los que estaban arriba.

En la explanada que rodeaba la torre, estaban comenzando a verse diversos grupos de hombres con trajes de presión azules, que se iban acercando lentamente. Damian salió y lanzó un disparo a las estrellas. Luego efectuó dos descargas más, cortas. Era la señal convenida para indicar a Gerard que la resistencia había terminado.

Los hombres de Connors estaban siendo desarmados y reunidos en denso grupo contra la pared, vigilados por los hombres de Damian, cuando Gerard entró al frente de un pelotón.

Damian le saludó estrechando su antebrazo. Gerard sonrió detrás de la visera gris de su casco.

—Hemos tenido pocas bajas —dijo—. Apenas cinco hombres. Ningún herido.

Damian asintió. En aquel tipo de batalla no había heridos. Sólo se contaban los muertos.

—Hay que avisar a la «Osaka». Es preciso que detengan el proceso acelerador de la pila atómica utilizando las barras de carbono.

—¿Tú crees que dijo Brenda la verdad?

—¿Que si en realidad no fue un farol? —Damian se encogió de hombros—. No lo sé. Pero, de todas formas, hay que informar a la nave. El peligro ha quedado conjurado. No hay que temer ser bombardeados por los proyectiles.

CAPÍTULO IX

Damian no quiso desprenderse del traje. Antes manifestó su intención de inspeccionar todas las instalaciones personalmente. N-Kuma le acompañó, dejando que Gerard y el capitán Longer se encargaran de encerrar a los prisioneros hechos en la batalla y los que traían en la nave en uno de los barracones que estaban destinados a acoger a los condenados.

Brenda quedó encargada de llevar a cabo unas urgentes reparaciones en la torre de control. Existían medios para reconstruir la cúpula, y material de repuesto suficiente para poner otra vez en funcionamiento las potentes emisoras que quedaron parcialmente destruidas.

Mientras se dirigían hacia la entrada de la mina, Damian observó a diversos grupos de sus compañeros, que inspeccionaban las construcciones, buscando gente escondida. La nave que llevó a Jhon Rhodes hasta Ganimedes fue abordada, no encontrando en su interior a nadie. Fue lo primero que visitaron. Dejaron que Longer la reconociese.

—Es magnifica —dijo el capitán después de un somero examen—. No me extraña que hubieran llegado antes que nosotros.

Luego se dirigieron a las minas. Damian, mientras penetraban en el ascensor, dijo:

—Al parecer, era bueno el lugar que yo estimé para abrir la boca. El mineral se encuentra a poca profundidad, ñero parece que han trabajado bastante aquí preparándolo todo para una explotación con porvenir.

El ascensor se detuvo, y se encontraron frente a la primera galería. Estaban en un salón amplio, de suelo burdamente asfaltado. Los rieles de los

vagones se hundían en la oscuridad de tres túneles. A la izquierda vieron dos puertas. Sobre sus cierres estaban colocados los dispositivos de apertura. Entraron en una de ellas, y vieron doscientos trajes-armaduras alineados contra las paredes. Damian inspeccionó el más cercano y comentó:

—Los prisioneros serían conducidos hasta aquí, en cubos precintados, desde los cobertizos. En esa forma atravesarían la explanada hasta la mina. Un buen sistema para evitar problemas. Pero estos trajes son distintos a los que usábamos en Marte. Si los observamos detenidamente, veremos que cada uno tiene un mecanismo de cierre hermético que puede ser accionado a control remoto.

El capitán frunció el ceño.

—¿Qué utilidad tiene?

—Es sencillo. El grado de radiación en estas minas es mucho más alto que los yacimientos marcianos. Estos trajes, a pesar de ser buenos, dejan de ser eficaces después de unas mil horas de trabajo. Yo nunca hubiera aceptado este modelo para los mineros que trabajasen aquí. Al parecer, el jefe del campo no tenía intención de revisarlos cada cierto tiempo, y pensaba usarlos hasta que se cayeran a pedazos. Para evitar cualquier protesta, se les dotó del dispositivo de apertura a control remoto, con lo cual, mediante unas pantallas de televisión, se podía controlar a todos los mineros. Quien dejase de trabajar o protestase, sería advertido que sus defensas podían quedar abiertas en unos segundos.

—Pero eso es canallesco —murmuró Longer.

Damian dibujó una triste sonrisa.

—Todas estas instalaciones están concebidas para hacerlas seguras. Cuando los trabajos hubieran comenzado aquí, la muerte habría supuesto la única liberación para estos desdichados.

—Si Connors no hubiera muerto con su traje reventado, cuando la descompresión de la torre, le hubiera puesto uno de estos trajes, lanzado a lo más profundo de un túnel, y dejado allí unos días, amenazándole a cada momento con abrirle la armadura —masculló N-Kuma.

—Aún tienes a Jhon Rhodes —recordó Damian indicando que volvieran al ascensor.

—No me hagas concebir ilusiones, Dam —rió N-Kuma—. Sé

perfectamente que no permitirías que le pusiera la mano encima.

—Es cierto. Necesitaremos a ese tipo cuando volvamos a la Tierra.

—¿Cuándo comenzaremos a emitir los mensajes a la Tierra?

—Brenda me aseguró que puede volver a poner en funcionamiento las instalaciones emisoras en una hora. Calculo que, dentro de cinco horas en la Tierra, usando una diversificación de ondas, millones de receptores de radio y televisión recibirán las primeras denuncias de lo que la organización proyectaba hacer en Ganimedes.

El ascensor salió a la superficie, esperaron unos segundos para que el aire fuera extraído, y luego abrieron la compuerta del exterior.

En el edificio subterráneo de la administración estaban todos los ex presidiarios que no tenían que vigilar a los prisioneros o trabajar en la torre. Habían preparado abundantes bocadillos, y alguien encontró una buena provisión de cerveza, lo que constituyó una agradable sorpresa.

—Traer cerveza hasta Ganimedes ha debido costarles una fortuna —comentó N-Kuma sonriendo después de paladear el primer trago.

Brenda entró en aquel momento, y Damian la ayudó a despojarse del traje de vacío. La besó, y condujo; hasta la mesa donde estaban sus amigos. Luego de servirle unos bocadillos de jamón y una lata de cerveza, le preguntó por la emisora.

—Estará lista cuando terminemos de comer —se volvió hacia Longer —. Sus hombres, capitán, están trabajando con gran entusiasmo. Llevaba usted un buen equipo, en comunicaciones, a bordo.

—Es lo menos que podían hacer, puesto que no intervinieron en la batalla —respondió Longer satisfecho.

—De todas formas, intervendrán en la batalla decisiva. Ahora sabremos si han merecido la pena tantas penalidades y muertes. Si las comisiones no han fracasado en su intento de querer llevar a los tribunales a la organización, nuestras emisiones terminarán por poner a la opinión pública de nuestra parte, anulando los intentos de sabotear el trabajo de nuestros compañeros en la Tierra. Por otra parte, los gobiernos ya hace tiempo que comenzaron a sospechar de ese grupo de compañías, que incluso intentan poseer más poderes que la administración.

Uno de los hombres encargados de custodiar a los prisioneros entró, y

se dirigió a la mesa que ocupaban, diciendo a Damian:

—Jhon Rhodes pretende hablar contigo.

—¿Qué quiere? —inquirió Damian, soltando el resto del bocadillo.

El guardián se encogió de hombros.

—Dice que es personal y muy importante.

—Está bien. Le veré —miró a Brenda y añadió—: Encanto, te agradecería que, cuanto antes, regresaras a la cúpula y comenzaras a transmitir en abanico de ondas a la Tierra.

—De acuerdo. Confío que, cuando vaya allí, esté todo listo. En cinco minutos enviaré el primer mensaje.

—¿Qué piensas decir? —preguntó N-Kuma.

—Contar todo lo sucedido, sin omitir nada. Cuando mencione que en Ganimedes existen fuentes energéticas abundantes, capaces de abastecer sin límites a toda la Tierra, la multitud apoyará a sus gobiernos para que la organización sea desmantelada —sonrió. Se levantó y guardóse dos bocadillos en una bolsa de plástico, que cerró herméticamente junto con otros alimentos —. Terminaré de comer en la cúpula. ¿Me ayudas a ponerme el casco, Dam?

—Sí, claro —se apresuró a hacerlo, y luego indicó al hombre que le condujese hasta donde le esperaba Rhodes.

Salieron del comedor y el ex condenado informó;

—Para ganar tiempo he traído a Rhodes aquí, Dam. Lo tengo en un cuarto cercano, vigilado.

—No es peligroso; pero, de todas formas, has hecho bien.

Cuando Damian entró en la habitación donde le esperaba Rhodes, las instalaciones parlantes esparcieron por toda la base las palabras de Brenda dirigidas a la Tierra.

Rhodes se levantó al verle entrar, y Damian le hizo un gesto para que guardase silencio. Durante unos minutos ambos escucharon las lentas y seguras palabras de la mujer.

—Es una buena narradora —sonrió Rhodes cuando Damian tomó asiento en la otra silla que había en la habitación.

Entre ambos estaba una pequeña mesa, y Damian dejó sobre ella un paquete de cigarrillos, del cual Rhodes tomó uno, encendiéndolo con la llama del encendedor de su interlocutor.

—Ya podemos hablar —dijo Damian—. Brenda estará retransmitiendo, durante una hora, el mismo mensaje. Luego, cambiará el texto por otro más amplio, en el que denunciará detalladamente las maniobras de la organización. ¿Qué tenía que decirme, Rhodes?

Rhodes exhaló una bocanada de humo. Podía apreciarse claramente que estaba ansioso por fumar. Emitió una sonrisa tímida y dijo:

—Cuando recuperé el sentido en el cobertizo que estaba destinado a ustedes, pensé intensamente. Precisé de poco tiempo, amigo.

—Yo no soy su amigo.

—Pero tampoco quiero que sea mi enemigo.

—Lo veo difícil.

—Al menos, lo intentaré. Si encerrado con los demás pensé que mi situación era desastrosa, después de escuchar a Brenda Lake he comprendido que es desesperada. Sí, creo que tienen ustedes la partida ganada. Un puñado de hombres está a punto de derrumbar una poderosa organización, que durante muchos años intentó hacerse con el poder energético de todo el sistema solar. Reconozco que hemos fracasado. Pero ustedes aún no pueden cantar victoria.

—¿No?

—Claro que no. Con un intervalo de pocos minutos, el todopoderoso Latimer también escuchará la primera emisión de Brenda.

—Tardará horas en llegar a la Tierra, al cubil de oro de ese granuja.

—No. Latimer viene hacia aquí.

—¿A Ganimedes?

—Sí. Partió de la Tierra el mismo día que yo salí de Marte, detrás de ustedes. Y la nave que lo transporta es aún más veloz que la mía. Calculo que en dos días estará en Ganimedes, sobre nuestras cabezas.

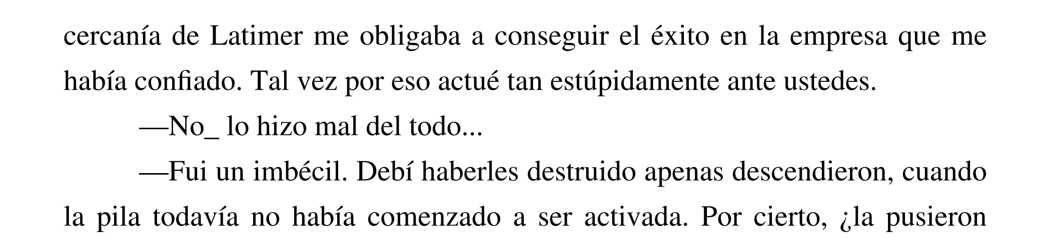
—¿Por qué?

—Latimer es demasiado listo. Lo previene todo. Incluso los desastres. Y él debió pensar que estaba a punto de originarse un desastre para nosotros. Está acompañado de varios personajes de la organización.

—¿Qué pretende?

Rhodes se encogió de hombros.

—Es fácil saberlo. Yo me enteré de su salida de la Tierra cuando estaba a mitad del camino entre Marte y Ganimedes. Aquello me puso nervioso. La


cercanía de Latimer me obligaba a conseguir el éxito en la empresa que me había confiado. Tal vez por eso actué tan estúpidamente ante ustedes.

—No_ lo hizo mal del todo...

—Fui un imbécil. Debí haberles destruido apenas descendieron, cuando la pila todavía no había comenzado a ser activada. Por cierto, ¿la pusieron ustedes realmente en estado crítico?

—No se trató de ningún farol.

—Eso me tranquiliza. Pensé que así sería, porque ustedes no podían permitirse tampoco el perder.

—Volvamos con Latimer.

—Sí, tiene razón. Latimer pudo pensar que yo podía fracasar, y decidió fletar su poderosa, nave, armada hasta los dientes, y asegurarse, por sí mismo, de que ustedes serían aniquilados.

—¿Qué cree que hará, al ver que usted no consiguió llevar a cabo sus órdenes?

—Es muy sencillo. Destruirá toda la base.

—Antes tendrá que enfrentarse a nosotros. Tenemos medios de defensa.

—Unos cuantos proyectiles —dijo Rhodes con desdén—. Será difícil hacerlo.

Damian le miró largamente.

—¿Por qué me lo cuenta?

—Quiero algo, a cambio de mi ayuda.

—No estoy dispuesto a hacer tratos con usted.

—Es que no dispone de otra solución, Damian. Latimer puede ordenar la destrucción de toda la base situado desde un lugar donde los proyectiles que posee son inofensivos.

—Me resulta imposible garantizarle nada.

—Sólo apóyeme cuando sea juzgado. Una defensa suya dejará mi condena en dos o tres años.

—Si es sólo eso, cuente con mi ayuda. ¿Qué podemos hacer?

Rhodes sonrió ampliamente.

—Tengo un plan para atraer a Latimer a una trampa.

—Si es viable...

—Sólo tiene que dejarme que me comunique con él desde mi nave. Así

verá que la situación está dominada por mí de nuevo. Por lo tanto, los mensajes deberán interrumpirse cuanto antes. Latimer me creerá si le digo que ustedes sólo pudieron apoderarse de la torre por unos momentos, y luego los redujimos.

—¿Por qué tiene que comunicarse con Latimer desde su nave? ¿No puede hacerlo desde la torre?

—Tengo mis razones —sonrió Rhodes.

CAPÍTULO X

Brenda acercó su colérico rostro al de Damian, y le espetó:

—¿Es que la fatiga ha mermado tu inteligencia, Dam?

—Nada de eso, preciosa —sonrió Damian.

—Entonces —estalló ella—. ¿A qué viene esto? Ni un loco tendría fe en Jhon Rhodes.

—Pienso lo mismo que Brenda —dijo N-Kuma.

—No tenemos otra salida que dejarle hacer. Es cierto que Latimer dispone de una nave armada como una de guerra. Dispone de misiles de largo alcance. Desde cien mil kilómetros puede acertar sin desviarse un metro.

—También nosotros estamos armados —recordó Brenda.

—No son eficaces. Apenas servirían para alcanzar objetivos situados a unos trescientos kilómetros. Nada más.

Brenda paseó por el nivel inmediatamente inferior a la cúpula de la torre de control.

Se detuvo de pronto, y se plantó delante de Damian.

—Me has impedido enviar mi cuarto mensaje a la Tierra. Eso no te lo perdono.

—Todos tus discursos fueron maravillosos, querida —sonrió Dam, apaciguador—. Los tres mensajes anteriores han debido llegar perfectamente, y causado el impacto que buscábamos en la Tierra.

—Puedo seguir emitiendo.

—De ninguna manera. Latimer no se creería el embuste que tiene que decirle Rhodes.

Brenda lanzó un bufido de desesperación.

—Oh, Dam. Me has hecho perder un día y medio, cerca de dos. Desde que conversaste con Rhodes, te has comportado de una manera extraña. Nadie podía localizarte en la base. ¿Dónde demonios estabas?

—Vamos, Brenda. Eres la única mujer de la base. No supondrás que estaba engañándote, ¿verdad?

—No digas más estupideces. Sabes muy bien que me refiero a tu absurda orden de suspender las emisiones a la Tierra. Te busqué por todas partes, y nadie supo decirme dónde estabas.

Damian la tomó por los hombros.

—Escucha, amor. ¿Es que ahora no vas a tener confianza en mí?

—No la tengo en Rhodes.

—Deja en paz a Rhodes ahora. En estos instantes, debe estar en el puente de mando de su nave, intentando comunicarse con Latimer lo antes posible, para calmarle e impedir que nos haga añicos.

N-Kuma y Brenda se miraron asustados.

—¿Es que Rhodes ya está a bordo de su nave?

—Sí. Dije a Gerard que le condujera hasta ella, y lo dejara allí solo.

—¡Se escapará!

—No, nada de eso. Cerramos bien las escotillas. No podrá abrirlas fácilmente.

—Damian, Damian —gesticuló Brenda.

N-Kuma se derrumbó en la silla más cercana. Alzó la mirada y dijo a Damian:

—Amigo, no te conozco. Confío que tengas una explicación. a todo esto. Latimer está a punto de llegar a una distancia de cien mil kilómetros de Ganimedes de un momento a otro, ¿no?

—Sí.

—Una posición ideal para bombardearnos. ¿Me equivoco?

—En absoluto.

—¿Y piensas que Rhodes le llamará para decirla que todo marcha bien en la base, para que así aterrice, y nosotros podamos freírle, antes que él se percate del engaño y nos lance sus misiles?

Damian sonrió enigmáticamente. Abrió la boca para responder en el

mismo momento en que Gerard asomaba la cabeza por el hueco de la escalera, gritando:

—Rhodes ha puesto en marcha su nave. Se está elevando.

N-Kuma dio un brinco y ascendió por la escalerilla metálica como un felino. Brenda, antes de seguirle, fulminó a Damian con la mirada y mascullό:

—Eso queríamos decirte, Dam. El capitán Longer examinó la nave de Rhodes y nos dijo que era de un modelo totalmente automatizado. Un solo hombre puede programar un vuelo, y maniobrarla por espacio de unas horas.

Damian ladeó la cabeza, esperando más aclaraciones.

—Si te hubieras preocupado en averiguarlo, no habría pasado esto —siguió Brenda. Su enfado había dejado paso a una enorme congoja—. Ahora Rhodes podrá acercarse hasta la nave de Latimer, subir a bordo y decirle que nos puede enviar a los infiernos. Me gustaría escuchar sus carcajadas.

El hombre la ayudó a subir. Damian casi rompió a reír al descubrir un ligero intento de Brenda de propinarle una patada.

Arriba, en la cúpula, el nerviosismo era total. Sólo Gerard parecía tranquilo. Longer se acercó a Damian, muy pálido, señalando el exterior.

A unos dos kilómetros de la torre, la nave de Rhodes se alejaba velozmente de Ganimedes.

—En menos de veinte minutos entrará en contacto con la nave de Latimer. ¿Qué hacemos?

N-Kuma regresó del observatorio. Sus hombres estaban cabizbajos.

—Ya ni podemos detener a Rhodes con nuestros proyectiles. Está demasiado lejos —giró sobre sus talones, y reprendió a Gerard—. Tú estabas encargado de vigilarle. ¿Cómo es que no te has dado cuenta de que estaba poniendo en marcha sus toberas? El detector ha debido indicártelo...

Gerard consultó con Damian, conteniendo una sonrisa.

Todos se volvieron interrogadoramente hacia Damian.

Este se encogió de hombros, y encendió un cigarrillo pausadamente.

—Bueno, siempre tuve mis dudas sobre que Rhodes estuviera dispuesto a ayudarnos para impedir que Latimer nos bombardease.

—¿Y aun así consentiste que subiera a la nave?

—Sí, claro. Además, no ignoraba que Rhodes podía ponerla en el espacio él solo.

Los demás quedaron mudos. Damian, tranquilo, pidió a uno de los controladores que siguiera, por video, a la nave que huía.

La pantalla mostró el navío, acercándose rápidamente hacia otro, que tenía todas las trazas de establecer una alejada órbita de Ganimedes.

—Latimer, efectivamente, trae un verdadero acorazado. Toda defensa hubiera sido inútil —dijo Damian—. Cuando Rhodes vino con aquel cuento, me dije que existía más de un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que intentase engañarme. En lugar de deciros nada acerca de su propuesta, hablé con Gerard, y ambos estuvimos trabajando en la nave de Rhodes por espacio de día y medio. Ahora escuchemos la conversación de Rhodes con Latimer.

Gerard movió unos mandos de una consola cercana, y los altavoces esparcieron en la torre una serie de palabras que al principio resultaron incomprensibles, pero cuando los parásitos fueron anulados, todos escucharon la alterada voz de Rhodes decir:

—...Tranquilidad, señor. Logré engañarlos. Querían tenderle una trampa. La base no dispone de defensas. Los proyectiles que poseen son de corto alcance. Desde la distancia en que se encuentra su nave, podemos conminarles a rendirse.

—¿Rendición? —la voz de Latimer sonó en medio de una carcajada—. Ya he tenido demasiadas contemplaciones con esa gente, muchacho. Voy a ordenar que lo arrasen todo.

—Podemos salvar las instalaciones. Fueron cientos de millones los que se invirtieron...

—Podemos volver a levantarlo todo. En la Tierra están furiosos. Me buscan por todas partes para que declare. Han atrapado a algunos de mis colaboradores, pero no hablarán mientras sepan que yo me estoy encargando de todo personalmente. Yo no pienso fracasar como tú, muchacho.

—Señor Latimer, hice cuanto pude. Incluso he arriesgado mi vida por avisarle. Querían que le dijera que todo estaba bajo mi control.

—Muchacho, si no fuera porque voy a necesitarte más tarde para hacer ciertas declaraciones a la prensa y televisión, dejaría que siguieras tu camino hasta hundirte en el sol.

—Tiene que recogerme, señor. Mi nave no puede navegar por mucho

tiempo conmigo solo como único tripulante.

—Lo sé. Te recogeremos en diez minutos. Lamentaré perder ese tiempo. Una tripulación de reserva se hará cargo de esa nave. Luego, presenciarás conmigo unos bonitos fuegos artificiales.

—Además, señor, conseguí que dejaran de transmitir los mensajes a la Tierra.

—Lo sé. En ese aspecto, tengo que felicitarte. Por el camino estaba muy preocupado. Respiré, aliviado, cuando los mensajes cesaron. Esa chica nos estaba poniendo en un aprieto. Tenemos que borrar todas las pruebas.

—¿Conseguiremos salvarnos del desastre?

—Claro que sí. Con la base borrada del mapa no podrán probarnos nada. Soltarán a nuestros compañeros, que están siendo detenidos en la Tierra y Marte. Tendrán que aceptar nuestra versión, y creérsela quieran o no. Vamos, ahora disponlo todo para pasar a mi nave.

—En seguida, señor. Voy a accionar los propulsores de proa.

El zumbido indicó que la comunicación había sido cortada.

Damian indicó la pantalla. El potente telescopio seguía mostrando la nave de Rhodes casi al lado de la de Latimer.

—Como nuestros proyectiles no podían llegar hasta nuestros enemigos, la propuesta de Rhodes me dio una idea, la forma de enviar una bomba a cien mil kilómetros.

Brenda abrió la boca, confusa.

—¿Es que tú...?

—Sí —asintió Damian tomándola de la mano y apretándosela con fuerza—. No quería deciros nada para no alteraros los nervios inútilmente, y tampoco teníamos tiempo. Gerard y yo trabajamos mucho en la nave de Rhodes. Apenas despegase, su pila atómica entraría en crisis, de forma irreversible. Rhodes, sin saberlo, iba a prestarnos un último y gran servicio.

Se volvió hacia la pantalla. Las dos naves estaban muy cerca una de la otra. De la de Latimer surgió un tubo metálico, que buscó la esclusa de la que tripulaba Rhodes.

En aquel momento, de la nave más pequeña surgió una densa bola de fuego, que al instante creció, envolviendo al navío mayor.

—Si Rhodes no nos hubiera traicionado, no habría sucedido esto —se

lamentó Damian.

Durante unos instantes estuvieron callados, mirando cómo el fuego disminuía de tamaño. Luego sólo quedaron algunos fragmentos, esparcidos en un amplio campo, que el telescopio no podía captar debidamente.

Damian arrojó el cigarrillo a un rincón, exhaló un suspiro y dijo a Brenda:

—Si lo deseas, puedes reanudar tus emisiones, querida. Tal vez recibamos algunas noticias de la Tierra. Estoy ansioso por saber lo que está pasando allí.

* * *

—Estoy deseando regresar.

—Yo también —respondió Damian a Brenda—. Saludar a los amigos, tantas cosas...

Brenda suspiró.

—Lo peor será que aún nos molestarán, por algún tiempo, con las declaraciones. Nos esperan los jueces para acusar a los componentes de la organización que consiguieron apresar.

—No te preocupes. Será algo rutinario. Luego, tan pronto podamos, nos escaparemos a algún lugar donde nadie nos conozca, en la Tierra, algo que aún esté poco habitado, y el Sol no se esconda detrás de las nubes.

—Sé de un sitio así.

—Pues encarga los pasajes para marcharnos tan pronto nos dejen.

—Aún quedan unos días para que llegue la nave con las autoridades que han de encargarse de la base y llevarnos a la Tierra. Nos aburriremos.

Damian la besó.

—¿Tú crees?

—Soy una tonta. Podemos empezar ya a recuperar :l tiempo perdido, ;no?

—Vuelves a tener confianza en mí.

—Nunca la perdí del todo.

Damian cerró los ojos, apagando la luz y dejando que sólo la claridad de las estrellas alumbrase pálidamente la habitación.

FIN



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION, LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY; LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.